

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Canal URSSA

Los llamados analistas de la CIA. son expertos que estudian todas las noticias e informes de todo el mundo y obtienen conclusiones tras analizar todos los hechos o indicios disponibles. El mejor y más veterano de estos analistas de la CIA. asegura que Rusia está al corriente de muchos e importantísimos secretos de Estados Unidos por medio del llamado Canal URSSA, y que esto no sólo es gravísimo, sino que además crea un problema nacional de altos vuelos, pues todo parece indicar que hay traidores en la Casa Blanca.



Lou Carrigan

Canal URSSA

Brigitte en acción - 330

ePub r1.1
Titivillus 29.09.2017


PROYECTO SCRIPTORIUM * EX-LIBRIS
Titivillus tu culpa est

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

—¡Amor mío! —aulló Frankie Minello—. ¡Amor mío de mi vida, mírame, estoy aquí!

Era imposible no oírlo, además de que se le veía perfectamente, agitando los brazos, dando saltos… En la aduana, la señorita Brigitte Montfort, norteamericana, recién llegada al aeropuerto Kennedy de uno de sus muchos viajes al extranjero, simulaba no darse cuenta de la presencia de Minello, que seguía aullando, vociferando:

—¡Brigitte, Brigitte, estoy aquí, vida mía! ¡Eh, Brigitte!

Uno de los pasajeros del mismo vuelo, tras titubear, se permitió llamar la atención de Brigitte, que era, precisamente, la única persona que no miraba hacia Frank Minello.

—Me parece que la llaman a usted, señorita.

—¿A mí? —farfulló Brigitte—. No, no. No es a mí.

—Ah. Sin embargo, yo diría…

—No es a mí.

El pasajero no insistió. Minello continuó dando saltos y vociferando. Brigitte terminó las rápidas formalidades, y se dirigió en busca de su equipaje.

«—Es la última vez que aviso mi llegada —iba pensando, no poco enfadada con Minello—… ¡Menudo bochorno estoy pasando!».

—¡Brigiiiitte…!

Ella recogió su equipaje, y, desalentada por el hecho de tener que salir precisamente por donde estaba Minello, se dirigió hacia allí, cargada con la maleta y el maletín rojo con florecillas azules.

En cuanto la tuvo a su alcance, Frank Minello saltó hacia ella, la abrazó, y la besó en la boca, exclamando acto seguido:

—¡Oh, dulce amor de mi vida que regresas a mis brazos…!

—¿Te quieres callar, Frankie?

—¿Qué pasa? ¿Nos espía alguien?

—Nunca más volveré a avisarte de mi llegada, ¿te enteras? ¡Nunca más! ¡Me estás haciendo pasar una vergüenza terrible!

—¿Por qué? —se sorprendió Minello—. ¿Porque te amo? ¿Eso te hace pasar vergüenza? Mira a tu alrededor… Todo son caras serias, miradas vacías, recibimientos más bien indiferentes… ¡Mira qué caras de poco amor tenemos alrededor! ¡Ellos son los que lo hacen mal! ¿Vas a reprocharme que yo te ame y te lo demuestre, y salte de alegría por volver a verte? ¿Vas a reprocharme que sea una persona extrovertida, sincera, expresiva, emotiva? ¿Vas a reprocharme que esté loco de alegría por volver a verte… viva?

Brigitte Bierrenbach Montfort, famosa periodista mundial, pero sobre todo secretísima espía de la CIA con el sobrenombre de «Baby», estaba mirando estupefacta a su más querido amigo, el alborotado, escandaloso… y fiel Frankie. De pronto, dejó la maleta en el piso, colocó sobre ella el maletín, y tendió los brazos.

—¡Frankie, querido…! ¡Qué alegría reunirme contigo!

Minello lanzó una exclamación, y la abrazó, besándola profusamente. Cerca de ellos, multitud de personas pasaban y los miraban sonrientes. Brigitte consiguió por fin calmar los entusiasmos de Frankie, diciéndole:

—En la boca, no, Frankie.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puedo besarte en la boca?

—Porque todavía tengo en ella microbios de la de Número Uno.

—¡Aaah! —Minello se llevó una mano al corazón—. ¡Traición! ¡Me has estado engañando con otro hombre!

—Bueno, ya está bien —rió Brigitte—: deja de hacer el payaso y ayúdame con mi equipaje. Y… gracias por el recibimiento.

—Sabía que acabarías por comprenderlo. Tu sensibilidad de artista, de buena persona, de…

—¿Me estás tomando el pelo, Frankie?

—No. Sólo estoy intentando hacer poseía.

Brigitte quedó de nuevo estupefacta, y enseguida se echó a reír otra vez.

—Anda, vamos. —Señaló la maleta, tras recoger el maletín—. Salgamos de este hormiguero y vamos a casa. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Mal —gruñó Minello.

—¿Mal? ¿Qué ocurre?

—El viejo buitre carroñero está esperando tu regreso como si de eso dependiese su propia vida.

—¿De veras? ¿Y qué quiere tío Charlie de mí?

—No lo sé. Pero sé que está muy preocupado… ¡Zambomba, estás guapísima, bellísima, divinísima…! Haré una poesía destinada solamente a loar tus grandes ojos azules que parecen dos pequeños mares, tu boca preciosa que parece una puesta de sol, tu piel magnífica que parece un manto hecho de sol, tus cachondas formas de…

—¡Ya lo has estropeado! —exclamó Brigitte—. Ibas bien hasta llegar a lo de «cachondas formas».

—¿Y yo qué culpa tengo si estás tan buena? —protestó Minello —. Fíjate cómo te miran todos estos bobos que tenemos alrededor. Parecen peces a punto de morder el anzuelo. ¡Con esa larga cabellera negra, que parece hecha de cielo nocturno, con esa tersa frente donde anidan los más puros ideales, con esa…!

—¡Oh, no! —gimió Brigitte—. Frankie, prefiero que seas bruto a que seas cursi.

—Y estás elegantísima —prosiguió Minello, trotando a su lado cargando con la maleta—. Y si las puertas del cielo realmente se pudieran abrir alguna vez para alguien, sería para ti, ángel de los espacios del amor…

—Frankie —se detuvo Brigitte—: ¿adónde vamos?

—Pues a casa… ¿No?

—Sí. Pero no estamos caminando hacia la salida del aeropuerto, sino hacia las pistas. Tenemos que ir hacia allí —señaló con la barbilla—, no hacia ese otro lado. ¡Y no me digas que no conozco este aeropuerto!

—Oh, es que han cambiado algunas cosas durante tu última ausencia… Sigamos.

—No señor —se negó la divina espía—. Saldremos por donde sale todo el mundo. Me gustaría saber qué estás tramando.

—¿Yo? ¿Yo?

—Tú.

—Te aseguro que tenemos que salir por allí —señaló también con la barbilla Frankie.

—No. Por allí —dijo Brigitte, caminando hacia el lugar correcto.

Y no había dado muchos pasos cuando lo comprendió todo, al

divisar la menuda silueta tan conocida. Allá estaba Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, y por tanto jefe directo de la agente Baby. Como de costumbre cuando Minello andaba cerca de él, Pitzer tenía el ceño fruncido. Y con este gesto poco amistoso hizo un saludo a Brigitte cuando comprendió que ella, por fin, le había visto. Ella correspondió, y miró a Minello, que se puso a silbar mirando hacia otro lado.

—¿De modo que querías sacarme del aeropuerto sin que me viese tío Charlie? —amonestó Brigitte.

—¿Eh? ¿Qué?

—Te estás volviendo muy astuto… Primero admites que tío Charlie me está esperando ansiosamente, para que yo no sospeche una jugarreta por tu parte. Pero acto seguido realizas la jugarreta, pretendiendo que tío Charlie y yo no nos veamos el uno al otro. ¡Vaya si te estás volviendo astuto! —Acabó por reír Brigitte.

—La verdad es que no sé de qué estás hablando… ¡Zambomba, pero si está ahí el viejo buitre carroñero!

—Al que tú te has anticipado, para arrancarme de sus garras. ¡Cielos…! ¡Y como sabías que él no se acercaría mientras tú gritases e hicieses el loco, por eso has gritado tanto!

Minello comenzó a refunfuñar por la bajo, mientras, resignado, seguía a Brigitte hacia donde esperaba Pitzer. ¿Cuándo inventaría él algún truco que pudiese sorprender a Brigitte? La respuesta lo dejó desalentado e irritado: nunca. Él, que era una persona de buena fe tirando a ingenuo, jamás podría engañar a la más astuta y peligrosa espía del mundo, cosa que no habían conseguido ni los peores canallas del planeta Tierra…

Frankie todavía refunfuñó más cuando vio a Brigitte besando en ambas mejillas a Pitzer, el cual, acto seguido, le dirigió una hosca mirada.

—Gracias, Frankie —masculló—. Ahora, yo me haré cargo de la maleta de Brigitte.

—¡Y un huevo…! —protestó Minello—. Quiero decir que de esa cosa ni por sueños, mariposa.

—Caramba —se sorprendió Brigitte—… ¿En qué quedamos? ¿Es tío Charlie un buitre carroñero o una mariposa?

—Una mariposa…, pero en estado de larva. ¡O sea, un gusano! ¡Exactamente! —Pareció felicitarse a sí mismo Frankie—. ¡Todo un

pequeño, negro y repugnante gusano!

Pitzer suspiró con total resignación, y miró de nuevo a Brigitte.

—Ya sé que es un auténtico abuso, Brigitte, pero hay un helicóptero que nos está esperando.

—¿Tenemos algún trabajo urgente en la Central?

—Bueno…, no es exactamente en la Central. En cuanto al trabajo, pues… Realmente, quizá podría esperar, pero tal como están las cosas convendría afrontarlo cuanto antes… mentalmente.

—¿Mentalmente? ¿Qué quiere decir?

—Tenemos un gravísimo problema… Nos gustaría que usted lo escuchase. Luego, la llevaremos a casa, y usted se dedica a reflexionar sobre él mientras descansa físicamente.

—Zambomba —sonrió Brigitte—, ¡me está usted intrigando!

—De todos modos, si prefiere ir ahora a casa y hacer mañana el viaje en helicóptero…

—He tenido un viaje tranquilo y descansado, y la última semana no he hecho otra cosa más que descansar en Villa Tartaruga… Creo que un pequeño problema me espabilará un poco.

—No es pequeño: es enorme.

—De acuerdo; entonces; haremos el viaje en helicóptero ahora.

—Yo también voy —dijo Minello. Pitzer le miró hoscamente.

—Ni lo sueñe, maldita sea su estampa. Es un asunto…

—Grave error por su parte, tío Charlie —le interrumpió Brigitte —. Sea el asunto que sea, Frankie puede oírlo, y usted tiene que aprender esto de una vez por todas.

—¡Así se habla, reina del Amor y la Vida! —aulló Minello.

—Pero es que… —empezó a protestar Pitzer.

—Pero es que nada —volvió a interrumpirle Brigitte—. Además, Frankie ha venido a esperarme, y no estaría bien dejarlo aquí. Y ya que de todos modos sólo tengo que escuchar un problemita y volver a casa, Frankie puede estar conmigo. ¿De acuerdo? ¡Hace tiempo que no escucho uno de sus tontísimos chistes!

—Por cierto —saltó Minello—, ¡sé uno que…!

—La cosa no está para chistes —farfulló Pitzer—. Y el… «problemita», como usted lo llama, es terrible.

—Ya verá como no —sonrió Brigitte—… ¿A ti qué te parece, Frankie?

—¿A mí, reina de Todo? ¡A mí me parece que tú harás así —

chascó dos dedos— y el problema quedará resuelto! Precisamente para eso han querido contar contigo… ¿O no, viejo buitre?

—El helicóptero nos está esperando —gruñó Pitzer.

* * *

El helicóptero tomó tierra cerca de una casita casi metida en un bosquecillo de altos pinos, a unas diez millas de la Central de la CIA en Langley, al norte de ésta localidad. Desde el aparato, Brigitte vio la luz en la casa. Hacía apenas diez minutos que había anochecido.

Frank Minello, que iba en la parte delantera del helicóptero, junto al agente de la CIA que lo pilotaba, señaló hacia la casa, y exclamó:

—¡Mira! ¡La casa de los Siete Enanitos!

—¡Seguro! —rió el piloto, que no había dejado de hacerlo gracias a los chistes de Frankie—. ¡Y yo soy Blancanieves!

—No señor —gruñó Minello—, ¡usted no es Blancanieves!

—Oh, comprendo —el espía movió la caben hacia la parte de atrás, donde viajaban Brigitte y Pitzer—… Blancanieves es ella, ¿no?

—No da una, amigo: ¡Blancanieves soy yo! —rió Frankie.

El helicóptero quedó silencioso, inmóvil. Minello saltó a tierra a toda prisa, y ayudó a Brigitte a hacerlo, tomándola por la cintura. Tras ella saltó Pitzer, que le hizo al piloto una seña de que debía esperar allí.

La puerta de la casa se había abierto, y todos identificaron inmediatamente la alta silueta de *Mr*. Cavanagh, el jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, inconfundible con su leonina melena, sus anchos hombros…, y sobre todo, con su leve cojera, cuando se acercó para recibir a Brigitte con la mano tendida.

—Siento que… —empezó.

Brigitte ignoró su mano, y le besó en ambas mejillas, diciendo enseguida:

—Todo está bien, señor, no tiene importancia.

—Gracias. Realmente, pensé en usted para este asunto para tener la oportunidad de demostrarles a algunos caballeros que siempre es preferible tenerla a usted de nuestro lado…, aunque de

cuando en cuando nos haga alguna jugarreta.

—¿Una jugarreta? ¿Yo les he hecho alguna jugarreta? No sé a qué se refiere.

—Ya, ya —sonrió Cavanagh—… Seguramente, no tiene usted ni idea del asunto que obligó a todos los servicios secretos del mundo a dejar en libertad a mil espías que estaban prisioneros en diversas cárceles… ¿Verdad que no tiene ni idea[1]?

—Mi la más remota —sonrió Baby Montfort.

—Claro, claro. Bien, entremos… No es que me inquiete demasiado, pero…, ¿qué hace Frankie aquí?

—Soy el ama de cría de Brigitte —dijo Frankie—: he venido por si necesita teta. Aunque yo diría que si alguien necesita teta…

—¡Frankie! —amenazó Brigitte—. ¡Nada de ordinarieces!

—Bueno, bueno… ¡Caramba, qué genio!

—¿Qué tal si camina para la casa…, Blancanieves? —Gruñó Pitzer.

Entraron en la casa, riendo Brigitte el inesperado rasgo de humor de Pitzer.

En la salita había un hombre, que se puso en pie al verlos entrar, y se quedó mirando con un gesto de suma atención y admiración a Brigitte, quien a su vez lo catalogó con una mirada. Le gustó. Alto, elegante, delgado, de ropas caras pero discretas. Sus ojos eran grises, inquisitivos tras los cristales de las gafas. Frente amplia, barbilla sólida, boca grande y delgada. Debía de tener unos cuarenta años.

Cavanagh lo presentó:

—Es Percyval Truman, nuestro mejor analista.

Capítulo II

—¡Caramba: Truman! —exclamó Frankie—. ¿Dónde he oído yo ese nombre antes de ahora?

Percyval Truman le dirigió una viva mirada, pero aceptó la mano que le tendía Brigitte.

—¿Qué tal? —se interesó ésta—. Encantada, señor Truman.

—A sus pies, señorita Montfort —saludó Truman; y captando el fruncimiento de cejas de ella, sonrió—… Ya sé que tendría que llamarla solamente Baby, pero la he reconocido enseguida. No es culpa mía que sea usted tan famosa como periodista.

—Por supuesto que no —aceptó Brigitte.

—De todos modos, la llamaré Baby en lo sucesivo, si le parece mejor.

—No. Puesto que me conoce, es mejor que me llame por mi nombre. Eso es menos arriesgado.

—¿Menos arriesgado? —se sorprendió Truman—. Creí que…

—Si usted se acostumbra a llamarme Baby, podría llamarme así en cualquier otro lugar donde nos viésemos…, y eso sería entonces más comprometido que si me llamase señorita Montfort… ¿No está de acuerdo?

—Chúpate ésa —murmuró Frankie por lo bajo.

—¿Qué? —Lo miró Truman.

—Que yo soy Minello, también del *Morning News*.

—Lo sé —sonrió Truman—: es usted mi escritor deportivo favorito, señor Minello.

—¿De veras? ¡Zambomba, qué tío más simpático…!

Menos Pitzer, los demás rieron. Cavanagh, que indudablemente era el anfitrión de la reunión, ofreció una ligera cena fría que ya tenía preparada, y en la que se incluía, en honor a Baby, champaña Dom Perignon…

—¡Así da gusto ser espía! —exclamó Frankie—. Pero esto me

recuerda un poco la última cena del condenado a muerte.

—Frankie —lo miró Brigitte seriamente—: si no me prometes permanecer callado mientras los demás trabajamos, tendré que «rogarte» que salgas de aquí.

Minello hizo un gesto como si cerrase su boca con una cremallera, y Brigitte supo que no volvería a intervenir. Entonces, miró a Cavanagh. Éste asintió.

—Tenemos un problema de altos vuelos que nos tiene muy preocupados a todos —comenzó—, dado que su origen está en la Casa Blanca, si aceptamos el análisis que Truman ha hecho de los detalles que hemos reunido. No es necesario que le diga que Truman, como analista, y como el mejor, además, se ha asegurado muy bien antes de dar su… veredicto, por decirlo así. Como bien sabe, un analista…

—Vamos, señor —protestó Brigitte—, todos sabemos aquí lo que es un analista de la CIA, o de cualquier servicio de espionaje: estudian todas las noticias e informes de todo el mundo o de determinadas personas o hechos, y obtienen conclusiones, tras analizar todo el material, todos los hechos o indicios disponibles. Muy bien, el señor Truman ha hecho eso, y ha llegado a la conclusión de que existe un problema de altos vuelos cuyo origen está en la Casa Blanca… ¿Cuál es el problema?

—Hay traidores en la Casa Blanca —murmuró Truman—… Como mínimo, uno, pero lo razonable es que sean varios.

—¿Lo razonable? ¿Qué clase de traidor o traidores?

—Digo lo razonable porque no es fácil que una sola persona pueda recopilar y canalizar toda esa gran cantidad de información hacia Rusia. ¿Qué clase de traidor o traidores? Bueno, juzgue usted misma, considerando que en la CIA hemos llegado a la conclusión irrefutable de que la MVD está teniendo acceso a informaciones secretas de altísimo nivel. Desde la simple venta de cien mil toneladas de trigo a cualquier país suramericano, o el envío de armas a un país africano, los rusos se están enterando de todo.

—¿Eso está demostrado?

—Está *analizado* —puntualizó Truman—. Por ejemplo, Rusia y Estados Unidos pretenden vender trigo a cualquier país, y durante las negociaciones, se mantienen en secreto los precios. Pues bien, si Estados Unidos está dispuesto a vender el trigo a cien dólares la

tonelada, Rusia se anticipa, haciendo la venta a noventa dólares. Nosotros nos esteramos de esto, y obtenemos conclusiones. Claro, si esto sólo ocurriese una vez, podríamos admitir la casualidad, pero procesos como éste los hemos analizado ya muchas veces. Y desde luego, no sólo en ventas de productos alimenticios o industriales, sino, como ya he dicho, venta de armas, entre otras cosa.

—Lo preocupante —intervino Cavanagh— no es que Rusia nos pise de cuando en cuando el terreno en el aspecto comercial, sino en otras facetas más peligrosas.

—¿Por ejemplo? —Lo miró Brigitte.

—Tenemos el caso del proyecto de desestabilización social y política en determinado país del sudeste de Europa, para preservar allí determinados intereses norteamericanos: nos consta que Rusia se ha enterado. Otro ejemplo, podría ser la distribución de nuevo armamento o movimientos estratégicos en las fuerzas de la OTAN: Rusia se ha enterado. Hace un par de meses, la Casa Blanca concertó con un país suramericano una alianza militar secreta, de mutua protección sólo para el caso de agresión inesperada: nosotros y otro país suramericano por medio del cual unos y otros permitíamos la libertad de movimientos de un grupo de agentes secretos de ellos en Estados Unidos, y nuestros allí, con el fin de detectar movimientos de espías de otros países que estuviesen dedicados a actividades que pudiesen perjudicar nuestras conveniencias: tenemos la certeza de que Rusia ha sabido eso. En abril, la Casa Blanca llevó a cabo negociaciones secretísimas en Centroamérica intentando llegar a un acuerdo razonable con el presidente Somoza: Rusia lo supo enseguida…

—Y a propósito de Somoza —dijo secamente Brigitte—: tengo entendido que se está dando la gran vida en Miami.

—Bueno… Él tiene allá una propiedad…

—¡Una propiedad! Francamente, señor, tenemos unos amigos que no realzan precisamente nuestro prestigio. Estoy hablando ahora no sólo del señor Somoza, sino del *Sha*, y de otros… Pero vamos a dejar eso, y sigamos con el asunto que nos ocupa. Realmente, si Rusia se entera de todas esas cosas, el asunto es preocupante en alto grado Veamos, señor Truman… Supongamos que un agente de la CIA cualquiera entra en conocimiento de determinado secreto importante: ¿se enteran los rusos de eso…,

según los análisis de usted y su departamento?

—No.

—O sea, que si el asunto en cuestión está en manos de los profesionales del espionaje, los rusos no se enteran, pero si pasa por la Casa Blanca, los rusos se enteran. ¿Lo he entendido bien?

—Lo ha entendido perfectamente. La canalización de informes hacia Rusia no procede de nuestro sistema de espionaje, sino de nuestro sistema de gobierno…, concretamente, de la Casa Blanca. No podemos localizar otra fuente.

—Eso es muy grave.

—Por supuesto. Nosotros hemos denominado ese canal de informaciones hacia Rusia como el Canal URSSA. Cuando analizamos que Rusia se ha vuelto a enterar de algo, decimos: ya ha vuelto a funcionar el Canal URSSA.

—Canal URSSA. Parece un nombre muy apropiado… si es que yo lo he analizado bien —sonrió—. Al parecer, URSSA es una combinación de las siglas USA y URSS. ¿Es así?

Truman sonrió ufano.

—En efecto —asintió.

—Bien… Ustedes han llegado a la conclusión analítica de que lo razonable sería que hubiese en la Casa Blanca más de un traidor… ¿Por qué?

—Dada la variedad de informaciones que Rusia está recibiendo por medio del Canal URSSA, no tenemos más remedio que pensar que son varios traidores, cada uno de los cuales dispone de medios para estar perfectamente al corriente de un tema o negociación.

—A mí me parece excesivo que en la Casa Blanca haya varios traidores, francamente, señor Truman. Todos sabemos que el ser humano es corruptible, que puede traicionar hasta los más altos principios y los mayores afectos…, pero varios traidores en la Casa Blanca me parece más que excesivo. Casi me atrevería a decir que es imposible.

—Como usted comprenderá, hemos analizado eso hasta el más mínimo detalle, incluso esforzándonos, digamos que casi rozando lo ilógico en ocasiones. Finalmente, decidimos que debíamos proceder a realizar los análisis de datos de un modo frío y estrictamente objetivo, es decir, como deben hacerse. De este modo, llegamos a dos conclusiones. La conclusión A nos indica que, dada la variedad

de información que circula por el Canal URSSA, los traidores deben de ser varios. La conclusión B nos Indica que si solamente hay un traidor, éste tiene que ser determinada persona sobre la cual no es posible sospechar. Por tanto, optamos por la conclusión A.

—Eso es un poco arbitrario, ¿no? Si hay dos posibilidades deben asumirse las dos, señor Truman. Se lo diré de otro modo: si usted sale de caza, no debe mentalizarse en el sentido de que va a cazar sólo conejos, y quedarse sin saber qué hacer si en su camino aparece una bandada de perdices. ¿Le parecería inteligente por su parte no cazar perdices porque usted pensaba cazar conejos?

—Bueno, señorita Montfort, la persona que entra dentro de la conclusión o posibilidad B está fuera de toda duda, me parece a mí. Y por si no sabe usted a quién me refiero…

—Naturalmente que lo sé —frunció el ceño Brigitte—: se está refiriendo usted al señor Presidente de los Estados Unidos de América, ¿no es así?

—Exacto. Es la única persona que dispone de *TODAS* las informaciones a la vez. Nadie más que él podría informar a los rusos de toda la gran variedad de temas que éstos han demostrado poseer… Francamente, entre sospechar del señor Carter, o de varias personas, nos inclinamos por esto último.

—¿Por qué? —insistió Brigitte.

—Caramba…

—No se azore —sonrió Cavanagh—. Simplemente, Truman, admita que ella tiene razón.

—Pero, señor, sospechar del Presidente de Estados Unidos como el artífice y manipulador del Canal URSSA me parece… No sé… Incluso monstruoso, ¿no?

—¿Monstruoso? —Alzó las cejas Brigitte.

—¡Demonios, no se puede admitir la idea de que el Presidente de USA esté el servicio de la URSS!

—¿Sabía usted, señor Truman —sonrió la divina espía—, que se llegó a decir del señor Jimmy Carter que era un robot programado por los extraterrestres?

Percyval Truman quedó boquiabierto, pasmado, estupefacto. De pronto, enrojeció.

—¡No me diga que aunque fuese sólo por un instante usted pudo llegar tan siquiera a escuchar semejante estupidez! —exclamó.

—No suelo ser estúpida —sonrió más ampliamente Brigitte.

—Cielos —Truman enrojeció aún más—… ¡No he pretendido decir eso, ni mucho menos!

—Tranquilícese: no me ha ofendido. Y espero que usted tampoco se ofenda si le digo que no estoy de acuerdo con sus análisis.

—¿Cómo que no? —Truman no daba crédito a sus oídos—. ¡Está usted hablando con el representante de los servicios analíticos de la CIA! ¡Y no me diga que no confía en este servicio!

—De un modo relativo —casi rió Brigitte—. Me temo, señor Truman, que los procedimientos de usted y los míos son enormemente diferentes. Pero vamos a llegar a un acuerdo: usted admitirá que yo puedo obtener buenos resultados utilizando mis métodos intuitivos, y yo admitiré que usted puede también obtener buenos resultados utilizando sus procedimientos analíticos.

¿De acuerdo?

—Pero… pe-pero…

—Tómeselo con calma, muchacho —recomendó Pitzer, sonriendo casi divertido—. Y permítame recordarle que ella es Baby.

—¡Por muy Baby que sea, cuando los análisis…!

—Ya le he dicho que llegaremos a un acuerdo. Usted admite el posible buen funcionamiento de mi método, y yo aceptaré sus dos conclusiones: la A y la B.

—Lo que significa —jadeó Truman— que si usted interviene en esta investigación sospechará también del señor Presidente.

—Señor Truman, yo no voy nunca de caza: no tendría valor para disparar contra un conejito o una perdiz. Pero, si algún día me ve usted con una escopeta al hombro, puede estar bien seguro de que lo mismo dispararé contra un conejo que contra una perdiz que contra un elefante. ¿Está claro?

Percyval Truman sacó un blanco pañuelo y se lo pasó pulcramente por la frente.

—Sí —murmuró por fin—… Está claro.

—De acuerdo. Ahora, por favor, acláreme una cosa… Hace unos instantes, usted ha dicho más o menos: «nadie más que él podría informar a los rusos de toda la gran variedad de temas que éstos han *demostrado* poseer»… Al utilizar la palabra *demostrado*… ¿qué ha querido expresar exactamente? En mi opinión, lo lógico sería

que nosotros *nos hubiésemos enterado* de que los rusos sabían demasiado, pero usted ha dicho que ellos han *demostrado* que saben muchas cosas… ¿Significa eso que los rusos hacen ostentación de la gran cantidad de cosas que han ido sabiendo procedentes de la Casa Blanca?

—Sí… Sí, exactamente.

—¿Hacen ostentación de estar al corriente de secretos de la Casa Blanca?

—No ocultan que saben todas esas cosas, desde luego.

—No las ocultan… Cielos, ¡los rusos se han vuelto idiotas, por fin! ¡Estupendo!

—¿I… idiotas…?

—Hasta ahora, los rusos han sido siempre inteligentes. No más que nosotros, pero tampoco menos. Mas de pronto, se han vuelto idiotas totales… ¿O no le parece a usted que es de idiota total *demostrar* que están al corriente de importantísimos secretos de la Casa Blanca? Yo no haría semejantes demostraciones… ¿Usted sí?

—No… No.

—Claro que no. Utilizaría todas las informaciones que fuese recibiendo por el Canal URSSA, pero procuraría hacerlo de modo que no resultase evidente que usted disponía de un canal tan magnífico de información, a fin de que continuase funcionando mucho tiempo, cuanto más, mejor. ¿No es así?

—Sí… Por supuesto.

—Sin embargo, los rusos no ocultan que saben todas esas cosas que sólo pueden proceder de la Casa Blanca. Insisto: ¿son idiotas los rusos?

—No.

—Pues lo parecen, ¿no está de acuerdo?

—Bueno… Realmente, no… no están utilizando con la debida discreción el Canal URSSA, desde luego.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—Le pregunto —sonrió Brigitte— si han analizado ustedes por qué los rusos no ocultan que disponen del Canal URSSA. ¿Lo han analizado?

—No… No.

—Por lo que yo entiendo, lo que han hecho ustedes ha sido

llegar a las conclusiones A y B, elegir tan campantes la A dejando de lado la B, y disponerse a obrar en consecuencia.

—Pues… sí. Sí, claro.

—Mal hecho, señor Truman.

Éste volvió a pasarse el pañuelo por la frente, en la que iban apareciendo más y más gotitas de sudor.

De pronto, miró a Cavanagh, que le contemplaba amablemente, aunque con una chispita de ironía en sus grises ojos.

—Bueno, señor —farfulló Truman—, usted sabe que hemos trabajado bien, he traído todo el material disponible para que la señorita Montfort lo examine, prácticamente nuestra labor analítica había terminado… ¡Y ahora ella lo ha complicado todo!

Cavanagh hizo un gesto de impotencia, al mismo tiempo que decía, muy amable:

—Por lo general, la señorita Montfort tiende a *solucionar* problemas, no a complicarlos, Truman.

—¡Pues esta vez lo ha liado todo de tal modo que ya no sé ni qué pensar!

—Le haré una sugerencia, si me lo permite —dijo Brigitte—, yo atenderé, naturalmente, toda la información que usted me ha traído. Cambiaremos impresiones, y llegaremos a un acuerdo por el que se entenderá expresamente que a partir de ese momento usted estará trabajando bajo mi dirección. ¿Le parece bien, señor Truman?

—Pero… ¿qué más puedo hacer?

—De momento, se me ocurren dos cosas: a), analizarán de nuevo, y con más objetividad, todo cuanto pueda hacer referencia a la posible traición del señor Jimmy Carter; b), analizarán por qué los rusos se han vuelto idiotas. Y seguramente, cuando hayamos terminado de hablar, se me ocurrirán más cosas para usted y sus muchachos del servicio analítico. ¿*Okay*?

—*Okay*… ¡Pero le advierto que ha desmantelado usted todo un proceso analítico que nos ha llevado meses de trabajo!

—Lo lamento de veras, pero, señor Truman, acabo de echarme la escopeta al hombro…, lo que significa que salgo a cazar lo que se me ponga por delante, no sólo lo que yo *crea* que puedo encontrar. Y ahora, veamos esos datos de usted. Oh, pero antes sería agradable tomar otra copita de champaña… ¿Le apetece a usted, señor

Truman?

—¿Que si me apetece…? ¡La necesito, porque me ha dejado usted seco!

—Pues beba, beba —rió Brigitte—… Y naturalmente, esta pequeña orgía la paga nuestra «amada» CIA. ¿No es cierto, señor?

—Por supuesto —asintió Cavanagh.

—¡MMMmm! ¡Mmmmm! —Hizo Minello, con los labios apretados.

—Adelante, Frankie —autorizó Brigitte—: ¿qué tienes que decir?

—¡Zambomba, que yo también quiero champaña! —aulló Frankie.

* * *

Percyval Truman se había sorprendido no poco cuando la señorita Montfort rechazó una película en microfilme conteniendo todos los datos que los analistas habían estado estudiando durante meses hasta llegar a las conclusiones A y B. Se permitió insistir en que se los llevara, pues si a partir del momento en que llegaron a un definitivo acuerdo ellos dos, ella debía estudiar detenidamente la situación en su propio domicilio, le sería muy útil el microfilme. Brigitte rechazó de nuevo la oferta.

No porque quisiera impresionar a Truman más de lo que ya lo estaba, sino porque tenía en su mente la sustancia de todos los datos, que eran deprimentes e impresionantes. La alternativa B suponía la posible traición nada menos que del Presidente de Estados Unidos, lo que, en el fondo y en la práctica, Brigitte había descartado. La alternativa A implicaba que en el Canal URSSA al servicio de la Unión Soviética, podían estar operando, lógicamente de acuerdo unos con otros, nada menos que las siguientes personalidades:

Morton Werrenrath, Secretario del Secretario de Estado.

Walter Staunton, Secretario del Tesoro.

Ronald Greene, Secretario de Defensa.

Stephen Robinson, ayudante del Secretario de Comercio.

Howard Bedford, Secretario del Interior.

Absolutamente deprimente. Acongojante, vamos.

E increíble.

Increíble, sí. Y sin embargo, los análisis demostraban claramente que las informaciones de que habían hecho gala los rusos sólo podían proceder, lógicamente, de esas fuentes. Lógicamente.

Lógicamente.

¿Lógicamente?

Eran más de las cinco de la madrugada, y Brigitte, Pitzer y Minello estaban en viaje de regreso a Nueva York. Minello y Pitzer se habían adormilado. Pero no así *Baby* Montfort, que no dejaba de pensar en tan peliagudo problema. ¿Lógicamente? Bueno: ¿qué significa la palabra *lógica* en asuntos de espionaje? Pues no significa nada, absolutamente nada, y la más inteligente espía del mundo sabía esto por experiencia hacía años.

Pero tampoco había que desdeñar cualquier posibilidad de lógica, así que no tendría más remedio que reflexionar sobre los datos que le había facilitado Percyval Truman. La suma de las informaciones que habían demostrado poseer los rusos señalaba hacia esos cinco personajes o hacia el Presidente Carter. En uno de los periódicos del avión en el que había llegado a Nueva York la tarde anterior, Brigitte había leído que el Presidente Carter estaba de gira por el Medio Oeste, concretamente en Bardstown, Kentucky, en busca de la popularidad perdida. Según el periódico, Carter había dicho:

«No dejéis que separen de vosotros a vuestro presidente»… ¿Podía cometer traición un hombre que decía esto a su pueblo y que quería ser reelegido próximamente?

La lógica decía que no.

Pero tampoco la lógica admitía que fuesen traidores nada menos que cinco de los más importantes personajes políticos del país.

Y tampoco la lógica admitía que, de pronto, los rusos fuesen idiotas, cosa que jamás habían sido.

«—Ni lo son ahora —se dijo Brigitte—… ¡Claro que no lo son! Así que… ¿cuál es la jugada… y de quién?».

En la distancia se veían ya las luces de la gigantesca, monstruosa Nueva York. Dentro de pocos minutos, el helicóptero aterrizaría en

el pequeño helipuerto habilitado en la terraza del Crystal Building, en plena Quinta Avenida, donde Brigitte tenía su apartamento, en el que pasarían el resto de la ya corta noche Pitzer y Minello.

* * *

Minello abrió los ojos, refunfuñando y dándose manotazos en la nariz, donde la maldita mosca parecía haberse cebado. Enseguida vio a Brigitte, sentada en el borde de la cama, ataviada con un precioso salto de cama, y mirándole sonriente. Un instante más tarde, Frankie lo recordaba todo: estaban en uno de los dormitorios del apartamento de Brigitte, donde, ciertamente, no acostumbraba haber moscas. Un resplandor de sol en la ventana inundaba de luz el dormitorio.

—Brigitte… ¿Qué… qué pasa?

—Te he despertado haciéndote cosquillas en la nariz —dijo Brigitte—: son las doce de la mañana, Frankie.

—Ah… ¡Zambomba, las doce!

—Y hace un día espléndido… Incluso demasiado calor en Nueva York. Francamente, en Nueva York prefiero el invierno que el verano.

—Sí, claro… ¿Me has despertado para decirme eso?

—Frankie: ¿te gustaría divertirte un poco?

Primero, los ojos de Minello se abrieron muchísimo, parecieron casi tan grandes como una rueda de camión. Luego, se sentó en la cama de un salto, exclamando:

—¡Brigitte, vida mía…!

—Oh, vamos, ¡no seas libidinoso! No me refiero a lo que tú estás pensando. ¿Qué te parecería pasar unos días en una hermosa isla del Caribe?

—¿Contigo?

—Bueno…, en cierto modo. Pero de un modo u otro, te garantizo que te divertirás. Lo pasaremos bien.

Minello no entendía nada. Pero de pronto recordó por qué estaba allí, en el apartamento de Brigitte, y dónde había estado la noche anterior, y lo que se había hablado en aquella reunión… Su gesto fue entonces incrédulo.

—¿Estás hablando de unas vacaciones en el Caribe?

—Más o menos —asintió Brigitte.

—Pero… No comprendo. ¡Con todo ese gran problema que tienes que resolver, y dices de irnos al Caribe…!

—Mentalmente, quizás el problema ya esté resuelto, pero no tengo más remedio que asegurarme.

Frank Minello tuvo la sensación de que la cabeza se le convertía en corcho, tal era su incapacidad de comprensión.

—¿Tienes resuelto el problema? —tartamudeó.

—Mentalmente, creo que sí. Pero ya te digo que tengo que asegurarme. Y es ahí, en esa parte, donde intervienes tú. ¿Te gustaría o no te gustaría pasar unos días en el Caribe? Naturalmente, con todos los gastos pagados por la siniestra CIA. Digamos que vas a ser algo así como el fabuloso James Bond 007.

—Preferiría ser como Número Uno —murmuró Minello.

—Eso ya es más difícil —susurró Brigitte—: tendrás que conformarte con James Bond.

—En resumen —relucieron los ojos de Minello—, ¡estás proponiéndome que te ayude en una de tus aventuras!

—¿Ayudarme? Bueno, Frankie, a decir verdad no veo cómo evitar que seas el gran protagonista…

Capítulo III

En la oscuridad del saloncito donde se estaba pasando la película sonó de pronto una voz, en ruso:

—Para, Semion.

La película se detuvo, quedando en foto fija.

—No, vuelve un poco atrás, y pásala despacio.

La película fue recogida unos metros, y volvió a proyectarse, a cámara lenta.

—¡Para!

De nuevo quedó fijo uno de los fotogramas. De la oscuridad apareció un largo puntero, cuyo extremo tocó en el pecho la imagen de uno de los hombres que salían de la Casa Blanca de Washington.

—Este tipo estuvo también en la Casa Blanca hace dos días, Semion. ¿Te habías dado cuenta?

—Todavía no he hecho las comprobaciones, Tigran. Pero podemos hacerlo ahora mismo.

—Sí, hazlo.

Junto a la pequeña pantalla había otra, en la que, pocos segundos más tarde fue proyectada otra película utilizando otro proyector. La película primera era en bruto, es decir, contenía prácticamente las imágenes de todas las personas que aquel día habían estado en la Casa Blanca. La película segunda, es decir, la de dos días antes, ya había sido expurgada, montada de tal modo que en ella sólo aparecían las personas desconocidas hasta entonces por el sistema de vigilancia que dirigían Semion Vasiukov y Tigran Gaprindashvili, este último jefe absoluto del grupo.

Y en efecto, en esta película volvió a verse la imagen del hombre que había llamado la atención de Tigran Gaprindashvili: un sujeto alto, de hombros anchos, vestido correctamente, pero sin exceso de elegancia; era un atleta, eso estaba claro, y era inevitable clasificarlo como boxeador, o, mejor dicho, como ex boxeador, dada

su edad, aproximadamente cuarenta años. Su rostro era agradable y simpático, y su nariz, rota, era la revelación de su condición de ex boxeador. Cabellos muy rubios y muy rizados, que le conferían una extraña, casi grotesca expresión seráfica, nada acorde con sus viriles y rudas facciones. Ojos claros. Barbilla de fanfarrón, agresiva, sólida.

El puntero señaló la imagen de este hombre, primero en una película, y luego en otra.

—Míralo. Es el mismo.

—Sí, es cierto.

—Dos visitas a la Casa Blanca en cuarenta y ocho horas… Supongo que lo tenemos registrado.

—Miraré en los fotogramas numerados.

La luz del saloncito se encendió, y Semion fue hacia el fichero. Sentados en sendos sillones, Tigran Gaprindashvili y Tatiana Kolesnikov permanecieron inmóviles, esperando. Semion y Tigran eran dos hermosos ejemplares de la Rusia soviética. Tatiana Kolesnikov era una magnífica representación de la belleza femenina que Rusia podía exportar al mundo entero: alta, esbelta, pero de formas bien definidas y pechos casi grandes, rostro bellísimo, ojos azules, cabellos rubios, lacios, largos, boca roja, sonrisa encantadora… Veinticinco años de belleza rusa. Impresionante.

—Aquí está —dijo Tigran, volviéndose con unas fotografías en las manos; le dio la vuelta a una de ellas—… Francesco Minelli, alojado en el Belvedere Hotel. Parece estar solo en Washington.

—Minelli… El apellido es italiano, desde luego, pero él puede ser americano. ¿Se le está vigilando?

—Por supuesto.

—Parece muy simpático —sonrió Tatiana.

—Y muy fuerte —dijo Semion—: no me gustaría liarme a puñetazos con él. Veamos… Aquí está la ficha de ayer: no ha hecho nada especial. Simplemente, visitó la Casa Blanca, y luego ha permanecido encerrado en su hotel.

—¿No ha salido para nada, no le han visitado, no ha tenido contacto alguno? —preguntó Tigran.

—Hasta el momento actual de los informes, no.

—Quiero saber más cosas de ese Francesco Minelli —dijo reposadamente Tigran Gaprindashvili—… Sigamos con la película

de hoy.

* * *

—Ahí está otra vez —señaló el puntero la imagen de Francesco Minelli en la pequeña pantalla colgada de la pared—: nuestro solitario y aburrido Francesco Minelli. Y ya es la cuarta vez que visita la Casa Blanca en una semana. De la Casa Blanca a su hotel, de su hotel a la Casa Blanca… ¿O ha hecho algo más, Semion?

—No. Nada más. Y ahora es seguro, porque lo tenemos bien vigilado, desde que supimos que viaja con pasaporte de San Nataniel, esa pequeña república en una isla del Caribe.

—Intrigante —murmuró Tatiana Kolesnikov—: un hombre italiano que viaja con pasaporte de San Nataniel y que en una semana ha visitado ya cuatro veces la Casa Blanca. Desde luego, no parece un diplomático.

—No —murmuró Tigran—… Todo su aspecto es de hombre de acción. ¿Os habéis dado cuenta de una cosa? No lleva nunca nada en las manos: ni siquiera un pequeño portafolios… Eso no es normal. O no es «nadie», o es alguien que tiene una memoria privilegiada…, porque ya suponemos que no ha ido cuatro veces a la Casa Blanca a visitarla, ¿verdad? Sea lo que sea que esté haciendo ahí dentro, le basta su memoria para atender el asunto. La conclusión es que quizás el asunto no tenga ninguna importancia, o que, por el contrario, tiene tanta que no quiere correr el menor riesgo de perder cualquier clase de documento.

—Hay otra cosa interesante en él —dijo Tatiana—: ni un solo miembro del servicio de seguridad de la Casa Blanca, o de la CIA, se ha interesado por Francesco Minelli, ¿os habéis dado cuenta? En los informes no consta que tenga contacto alguno con nadie fuera de la Casa Blanca. Va y viene sin que nadie le diga nada, con la tranquilidad de quien va a un cine, o a un parque zoológico. No es normal que la CIA no se haya interesado por el simpático Minelli.

—Pero sería normal si ya lo supiesen todo sobre él —dijo Semion.

—En efecto —asintió Tigran—… Semion, quiero que no pierdan de vista ni un segundo a Francesco Minelli, ¿de acuerdo? Quiero estar al corriente del menor de sus movimientos…, pero sin que los

nuestros se comprometan en lo más mínimo, eso está claro.

—Muy bien. Seguiremos concediendo especial atención a ese sujeto —asintió Semion.

* * *

—Sale en avión mañana por la tarde hacia Miami. Pero Miami es sólo una escala. San Juan de Puerto Rico es la siguiente. El viaje finaliza en San Nataniel, capital de la República de San Nataniel.

—¿Cómo ha adquirido el pasaje?

—Del modo más simple y corriente: ha ido a una agencia de viajes y lo ha encargado. Pero aunque lo hubiese pedido por teléfono, o se lo hubiesen llevado a su hotel, lo sabríamos: le hemos colocado dos micrófonos durante sus ausencias para visitar la Casa Blanca.

Poderoso, alto, fuerte, macizo, Tigran Gaprindashvili se puso en pie, y caminó hacia la librería del saloncito. Retiró unos cuantos mapas de una de las estanterías, seleccionó uno, y fue a extenderlo sobre una mesa. Tatiana y Semion se colocaron uno a cada lado de Tigran, que señaló el mapa, y acabó por apoyar la yema del índice sobre una pequeña isla.

—San Nataniel —murmuró—… No significa nada en el concierto mundial de naciones. Es un país pequeño, pacífico, que dedica casi todos sus recursos económicos a la enseñanza, la medicina, el progreso social, el urbanismo. Su ejército, por llamarlo de algún modo, es más bien una… amable Guardia Nacional cuya utilidad es para servicios interiores. Nulo poderío bélico, altísimo índice de progreso económico y social. Ni siquiera dos millones de habitantes. Nunca ha tenido relaciones especiales con Estados Unidos, ni con ningún otro país. No es ni capitalista ni comunista… Y anota: tenemos a un posible italiano que habla inglés, que viaja con pasaporte de este diminuto país, y que tras cuatro visitas a la Casa Blanca, viaja a la isla… ¿Os parece lo bastante interesante?

—Yo diría que sí —murmuró Semion.

—Desde luego —asintió Tatiana.

—A mí también —asintió Tigran—. Bueno, será cuestión de pensar en el modo de obtener algún provecho también de esto. ¿Él sale mañana por la tarde, Semion?

—Sí. Seguramente llegará a San Nataniel pasado mañana por la mañana, tras hacer noche en Puerto Rico.

—Perfecto: tenemos tiempo de prepararlo todo… ¿Dónde están Irina y Faina?

—Oh, Tigran —exclamó Tatiana—, ¡me gustaría hacerlo yo!

—¿Te gusta el sujeto? —sonrió Semion.

—Más bien sí —rió Tatiana.

—De acuerdo —asintió Tigran—: todo para ti.

* * *

Dos días más tarde, Francesco Minelli llegaba al aeropuerto de San Nataniel, rodeado de cocoteros que, en la parte sur, casi llegaban al mar de refulgente tono azul, como el limpio cielo lleno de sol.

Y apenas puso los pies en tierra, Francesco Minelli fue detectado por los dos hombres que, desde primera hora de la mañana, aguardaban en el aeropuerto. Ni siquiera tuvieron que echar una mirada a la fotografía que la noche anterior les había facilitado uno de sus compañeros llegado de Estados Unidos.

—Es él —dijo Balashov.

—Seguro —asintió Kirzhinov.

—Veamos qué hace en San Nataniel… Mira, ahí llega también Tatiana.

Se quedaron mirando a los dos pasajeros que habían llamado su atención, cada uno por diferente motivo. A Minelli tendrían que vigilarlo; a Tatiana, pasarle el informe de lo que hacía Minelli, para que ella obrase en consecuencia.

Francesco Minelli y Tatiana Kolesnikov, caminaban hacia el servicio de aduana separados por bastantes pasos uno del otro, como perfectos desconocidos que eran. Minelli iba por delante de Tatiana, que le contemplaba las anchas espaldas con cierta sonrisita divertida. Cerca de Tatiana, casi rozándola, caminaba una anciana de blancos cabellos que, al parecer, había llegado en el mismo vuelo, y que se apoyaba con elegante gesto en un bastón con empuñadura de plata que sujetaba con la mano derecha; en la izquierda, la anciana llevaba un maletín forrado de raso negro. Por supuesto, ni Kirzhinov ni Balashov concedieron tan siquiera una mirada a la anciana, en cuyos lentes redondos se reflejaba el sol.

Pero Tatiana sí tuvo que fijarse en la anciana cuando ésta exclamó:

—¡Hija mía, qué calor, qué calor…!

Tatiana volvió la cabeza, vio los azules ojos tras los lentes, y sonrió.

—Sí —dijo, también en inglés—… Pero esto es lo que se puede encontrar en el trópico, señora.

—Cierto… ¡Cierto! ¡Y estas playas tan bonitas…! Seguramente, éste es uno de los pocos paraísos que quedan en el mundo.

—Seguramente —asintió Tatiana, sonriendo.

—Mis hijos querían enviarme a las Bermudas, pero me negué. «¡No señores!, les dije, ¡ya estoy harta de que me enviéis a las Bermudas sólo porque están cerca de Nueva York! ¡Quiero ir al *trópoco*, digo al trópico!».

Tatiana se echó a reír.

—Ha hecho usted una buena elección, desde luego.

—Los dejé con un palmo de narices… Me fui sólita a Washington, y desde allí los llamé: caballeretes (les dije), estoy en Washington sin un centavo, y desde aquí quiero ir al trópico, o sea que me enviáis dinero para eso, o me presento a la Policía y digo que he escapado de casa porque queríais encerrarme en el desván… ¡Fue de risa! Henry llegó a toda prisa a Washington. Cuando entró en mi habitación del hotel, le apunté con el bastón y le dije: mal hijo, esta anciana moribunda quiere ir al *trípoco*… digo al trópico, y eso es lo que voy a hacer. ¿Vas a consentir que tu madre muera sin haber estado en el tró-pi-co. Trópico, verdad?

—Sí, trópico —volvió a reír Tatiana.

—¿Usted es de aquí? Oh, claro que no, ¡qué tontería! Si fuese de aquí, hablaría español, que es el idioma de este país… ¿Es americana, claro?

—Claro.

—¿Habla español?

—Un poco.

—¡Qué suerte! Yo no sé cómo me las voy a arreglar, pero saldré del apuro… ¡Ni siquiera sé a qué hotel dirigirme! ¿Conoce alguno que esté bien? Vaya, no de lujo, pero que valga la pena, ¿comprende?

—Siento no poder ayudarla: también es la primera vez que

vengo a San Nataniel.

—¿De veras? Vaya, somos dos pobres chicas perdidas en un mundo nuevo, ¿no le parece?

Tatiana no tuvo más remedio que volver a reír… mientras su mirada se posaba brevemente en Kirzhinov y Balashov, que ahora parecían un tanto perplejos al verla de conversación con la anciana…, la cual, apaciblemente, miró también a los dos rusos, que permanecían algo apartados de la entrada al aeropuerto procedente de las pistas.

—¿Quién es la vieja? —preguntó Balashov, cuando la anciana y Tatiana desaparecieron de su vista.

—¿Y yo qué sé? Una compañera de viaje a la que le gusta conversar, ¿qué otra cosa? Bueno, vamos al coche: tenemos que esperar que nuestro hombre salga del aeropuerto, para ver adónde va.

—Tenemos tiempo: ha de pasar por la aduana, recoger su equipaje… Tenemos tiempo.

Tuvieron el tiempo justísimo, porque, para su asombro, el pasajero vigilado abandonaba el aeropuerto por una puerta tras haber entrado por otra, la de recepción de pasajeros. Le vieron tomar un taxi, sin equipaje alguno, y partir. Casi tuvieron que correr hacia su coche alquilado.

—¡Su madre! —exclamó Kirzhinov—. ¡Ese tipo ni siquiera ha pasado por la aduana!

—Sí debe de haber pasado, pero rápido. No olvides que lleva pasaporte del país…, y que no lleva equipaje.

—Bueno, vamos allá… Espero que Tatiana comprenda, y no se aleje mucho del aeropuerto, esperando el momento de nuestra llamada.

Eran las diez de la mañana. Hacia las doce, Tatiana (que viajaba con pasaporte USA a nombre de Mirna Koster), oía el leve zumbido de la pequeña radio que llevaba en el escote. Sentada a la sombra de unos cocoteros en la zona de espera al aire libre del aeropuerto, sólo tuvo que introducir un dedito en el escote para presionar el resorte de apertura de canal.

—¿Sí? —murmuró.

—Nuestro hombre ha estado en la Casa Presidencial. Fue recibido en cuanto llegó, sin hacerle esperar ni un segundo. Estuvo

dentro algo más de una hora. Cuando salió, tomó un taxi y se hizo llevar al Hotel República, el más caro y lujoso de todo el país. Y parece que se ha instalado en él.

—¿Qué más?

—No sabemos nada más.

—De acuerdo: Hotel República. Llamaré cuando sea el momento.

Tatiana Kolesnikov se puso en pie, se dirigió hacia el edificio del aeropuerto, y, ya frente a éste, llamó un taxi, en el que metió la única maleta que constituía todo su equipaje.

—Al Hotel República, por favor —dijo, en aceptable español.

* * *

Debían de ser las cinco y media de la tarde cuando Francesco Minelli, tras una fenomenal siesta, abandonó la lujosa *suite* que tenía reservada hacía días en el Hotel República, y bajó a la planta baja, donde, en un lado, estaban algunos de los servicios extras del hotel: peluquería, librería, agencia de viajes y de cambio de moneda, un par de tiendas tipo *boutique* donde parecía haber de todo, alquiler de automóviles… Francesco se metió sin vacilar en una de las *boutiques*, y se fue directo hacia el rincón donde una linda muchacha de grandes ojos color café, manipulaba la caja.

—*Guapa*: ¿alguien habla inglés aquí? *Speak english, ¿comprende usted?* O todavía mejor, italiano. *Italien, okay?*

La cajera sonrió, y llamó:

—¡Luisa, un yanqui!

El rubio Francesco también sonrió, se señaló el pecho, y dijo:

—*Okay*, yo yanqui —señaló a la muchacha—, y tú nataniela, ¿eh? Guapa nataniela tú, cachonda. Cachonda, ¿*okay*? ¿Bien dicho, ser cachonda buena?

La muchacha volvió a reír, un tanto sofocada. Por suerte para ella llegó la llamada Luisa, que hablaba un inglés yanqui perfecto.

—¿Qué desea, señor? —se interesó.

—Hola, encanto. ¿Qué deseo? Bueno, lo deseo todo. Quiero todo lo que un hombre pueda necesitar para pasarlo bien aquí unos días.

—Espero poder complacerle, señor. Pero me gustaría saber por dónde empezamos, qué es lo que usted precisa en primer lugar.

—Bueno, en primer lugar, un bañador y un albornoz. Mmm… Zapatillas para playa, lentes de sol, un bolso para poner dinero, cigarrillos y demás. Luego, mientras yo disfruto de la piscina, o mejor aún del mar, y tomo el sol, usted me prepara un paquete con el resto de las cosas que le anotaré. ¿*Okay*?

—Muy bien, señor. Primero, el traje de baño… ¿Cómo lo quiere usted? ¿Tiene alguna preferencia?

—Desde luego: quiero prendas que realcen mi natural hermosura.

Luisa rió, y también la cajera, que no perdía sílaba, Pero no rieron ellas solas. Alguien más rio, a espaldas de Francesco Minelli, que se volvió, sonriente. Se quedó mirando a la bellísima muchacha de largos y rubios cabellos lacios que mostraba una dentadura preciosa, y, de pronto, frunció el ceño.

—No quiero parecer un ligón tonto, pero… ¿no nos conocemos de algo usted y yo, señorita?

—Desde luego que sí —asintió Tatiana Kolesnikov, todavía riendo—… Le recuerdo a usted muy bien: hicimos juntos el viaje en avión desde Puerto Rico.

Capítulo IV

—¡Exacto! —Hizo chascar dos dedos Francesco—. ¿Ve como no es un truco mío para ligar? De todos modos, nada se pierde intentándolo: me llamo Frank Minelli.

—Mirna Koster —rio Tatiana—… ¡Pero no me parece suficiente conocer nuestros nombres para ligar, señor Minelli!

—Bueno, por algo se empieza. La cosa podría seguir si usted aceptaba convertirse en mi asesora para compras de vacaciones… ¿Qué clase de traje de baño me sugiere?

—Uno que realce su natural hermosura, desde luego —rio de nuevo Mirna Koster—… En realidad, habida cuenta de su complexión atlética, creo que cualquier traje de baño le sentará bien.

—Ya veo que usted entiende de hombres. En cuanto a mí, tengo ojo de águila para las chicas: a las feas, ni las veo. A usted la estoy viendo en tres dimensiones y a todo color, ¿comprende?

—Diríase que no me considera fea.

—¡Aguda perspicacia! ¿Está sola o tendré que matar a alguien para poder invitarla a cenar?

—Señor Minelli, es usted un rayo…

—En ese caso, usted es un pararrayos, porque me está atrayendo inconteniblemente. Le voy a hacer una propuesta: usted me ayuda a mí a seleccionar un equipo para vacaciones de turista con dinero, y yo la ayudo a comprar cositas que disimulen un poco su belleza.

—¿Cómo? —se sorprendió Tatiana—. ¿Qué…?

—Comprenderá usted que no voy a ser tan tonto de poner de relieve su belleza, y tener que ir todo el día apartando moscones. Al contrario, le compraré vestidos adefesios, le aconsejaré un maquillaje horrible, le diré que camine con las piernas torcidas y el pecho aplastado por un corsé, diré que es mi tía…, y cuando estemos a solas la invitaré a champaña.

—¡Verdaderamente, es usted un rayo! —rio una vez más Tatiana Kolesnikov.

—¿Pero acepta que nos asesoremos el uno al otro?

—¡De acuerdo!

—¿Y que luego vayamos a nadar un poco, a tomar el sol otro poco, y a tomar un refresco gigante de frutas tropicales con champaña? Hay un refresco en este país, que se llama «Don Vigoroso», que sienta estupendamente. ¿*Okay*?

—*¡Okay!*

Media hora más tarde, Tatiana Kolesnikov reía junto a la piscina, sentada ante una mesa sobre la que un camarero acababa de colocar dos enormes vasos conteniendo el refresco llamado «Don Vigoroso». Francesco la miraba reír, y sonreía. Ella reía, reía…, y de cuando en cuando miraba los ojos de Francesco como si quisiera llegar al fondo de ellos. No, no era tonto Francesco Minelli, desde luego. Se reía, bromeaba, parecía un semipayaso…, pero Tatiana sabía que no estaba tratando con ningún tonto, ni mucho menos.

Él llevaba un bañador corriente, sin más. Ella, bajo las indicaciones de él, se había comprado un bikini de color azul pálido que le sentaba estupendamente a su belleza rubia y al color de sus ojos. Eran una pareja formidable y divertida, que estaba provocando sonrisas y hasta risas a los demás clientes del hotel que disfrutaban de la piscina o de la playa. Desde luego, la muchacha era bellísima, pero la envergadura de hombros del tal Minelli no admitía bromas de ninguna clase.

—… así que estuve dando vueltas y vueltas hasta que el tonto del taxista me dijo: ¿por qué no va usted al República? Es el más caro, pero por eso mismo, seguro que encuentra alojamiento, y además se pasa muy bien allí… ¡Y aquí me vine!

—Afortunadamente —dijo Francesco.

—Me parece que no te gusto demasiado, de todos modos —lo miró con simpático reproche Mirna Koster—: en el avión no conseguí despertar tu interés.

—Ah… Bueno, no fue así exactamente. Es que… tenía que mostrarme serio durante el vuelo, no fuese que me prohibieran tomar tierra aquí, por gamberro.

Tatiana rio una vez más.

—¿Vas a estar mucho tiempo en San Nataniel? —se interesó.

—Bueno, depende… De momento, estoy de vacaciones, y eso es lo que importa. ¿Y tú? ¿Qué te ha traído a este lugar?

—Lo mismo que a ti: vacaciones diferentes y tranquilas.

—¿Quiere eso decir que piensas aburrirte?

—¡Claro que no! Quiere decir que no pienso ocuparme en nada más que en divertirme, precisamente.

—Ésa es una buena idea —Minelli alzó el enorme vaso—… ¿Brindamos por unas hermosas vacaciones?

—Hermosas y largas —asintió Tatiana, alzando también su vaso.

Mientras bebían, Tatiana volvió a mirar con suma atención los ojos de Francesco Minelli. Sí, llevaba lentillas de contacto; unas formidables, carísimas, perfectas lentillas que hacía falta muy buena vista y experiencia para detectar. Y mirando el rubio cabello de su simpático acompañante, Tatiana llegó a la conclusión de que era teñido. Fantástico. ¿Qué más trucos podía llevar encima Francesco Minelli? Quizá llevaba algo en la nariz que la deformaba más de lo que la habían deformado los puñetazos sobre un cuadrilátero; quizá llevaba rellenos en la boca, o dentadura superpuesta, o…

Bien, había algo de falso en él, que ella, como espía, podía detectar, aunque le había costado no poco. Seguramente, una persona corriente no se habría dado cuenta de nada. Pero ella sí. Y ella estaba pensando en qué clase de hombre tenía delante… Un hombre que había visitado cuatro veces en una semana la Casa Blanca, y que nada más llegar a San Nataniel, entra en la Casa Presidencial como si fuera la propia, o poco menos. Era inevitable llegar a la más que razonable hipótesis de que aquel hombre simpático y despreocupado había visitado al presidente de los Estados Unidos y al presidente de San Nataniel. No, no podía ser un tonto cualquiera.

Era, simplemente, un gran bocado. Un magnífico bocado.

—Zambomba —exclamó Frank Minelli, tras el largo trago de «Don Vigoroso»—… ¡Vaya refresco!

—Está muy bueno —asintió Tatiana, sonriendo.

—Sí, sí, pero si cuando quieren beber un refresco se meten esto en el cuerpo, me pregunto qué beben cuando quieren hacerlo en serio… ¿Petróleo?

—Es un poco fuerte, sí —rio ella—. ¿Te emborrachas con facilidad?

—¿Yo? Para tumbarme a mí haría falta toda una barrica de ron. ¿Cómo se te da a ti la bebida?

—Fatal: me pongo sentimental enseguida. Y lloro.

—¡Oh, no!

—¿Qué tiene de malo? ¡Cada cual es como es!

—Sí, mujer, pero yo prefiero las risas a las lágrimas.

—Pues no me emborraches. Frank, eres simpático, de verdad. ¿A qué te dedicas? ¿*Showman*, actor, viajante, relaciones públicas…?

—Mmm… Una especie de viajante encargado de relaciones públicas… ¿Y tú?

—Yo soy lo que algunos consideran la peor especie humana; una chica con un papá rico que no sabe negarle nada…, y un marido cretino que por fortuna ya quedó en el olvido.

—Ah. ¿Divorciada?

—Divorciadísima. Fue una mala experiencia.

—Pero no siempre ha de ser igual.

—¡Estupendo! —rio Tatiana—. ¿Me estás pidiendo que nos casemos?

—¡Horror, no!

—Menos mal —suspiró ella—… ¡Te habría dejado plantado aquí ahora mismo!

—Tranquila, tranquila… Hace años que me juré a mí mismo que jamás me casaría.

—¿Por qué?

—Porque soy impotente.

Tatiana Kolesnikov abrió mucho los ojos, y acto seguido lanzó una exclamación.

—¡Oh, no! —gimió.

—Pero —Frank Minelli guiñó un ojo— no desespero de encontrar una mujer que me vuelva a la vida. ¿Crees que habrá alguna por estos lugares?

—Siempre hay una mujer para cada hombre —murmuró ella.

—Eso me suena. ¿No había una canción preciosa, hace años, que se titulaba «Para cada hombre hay una mujer»?

—No la recuerdo…

—Eres demasiado joven para ello… Sí, era algo así como *for every man has a woman, for every woman a man*… Para cada hombre hay una mujer, para cada mujer, un hombre. Preciosa, preciosa

canción. ¿Sabes?: este súbito recuerdo, y el hecho de que tú no recuerdes la canción, me ha hecho sentirme viejo de pronto. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Oh, cielos… ¡Me voy a mi silla de ruedas, nietecita!

—Vamos, vamos —rio dulcemente Tatiana, colocando una mano sobre una de Francesco—, no seas tonto, Frank. Eres un hombre joven y muy atractivo.

—Eso no me lo dirías a solas —gruñó Francesco.

* * *

Ella cerró la puerta de su habitación, se volvió a mirarlo, y le sonrió.

—Eres un hombre joven y atractivo —susurró.

Francesco Minelli miraba fijamente a Mirna Koster, muy serio ahora. Pero no por la relativa emoción que quizá Mirna creía que le inspiraba, sino porque en la mente del hombre parecían estar sonando otras palabras, también de mujer: «sigue siempre el juego, Frankie: siempre, sea el juego que sea».

Sorprendida por el silencio de él, Mirna alzó las cejas.

—Y estamos a solas —añadió, también en un susurro.

Francesco alzó sus grandes y fuertes manos, asió los bordes del albornoz de Tatiana, y la atrajo; ella entreabrió la boca, y recibió cálidamente el beso de él, ofreciéndole enseguida la lengua. Francesco se estremeció al notarla…, pero siguió el juego.

Seguiría cualquier juego.

Cuando ella apartó su boca, Francesco la miró a los ojos, que relucían. Ella también se quedó mirándolo. Despacio, Minelli abrió el albornoz, y se inclinó para besar el tibio espacio de carne donde se juntaban los magníficos pechos de Tatiana, que deshizo el nudo del cordón del albornoz, de modo que Minelli pudo terminar de echarlo hacia atrás. El albornoz cayó al suelo.

Minelli pasó las manos a la espalda de Tatiana, y soltó el cierre de la pieza superior del bikini, que también cayó al suelo. Tatiana Kolesnikov tenía unos pechos hermosísimos, grandes, blancos, erguidos, turgentes. Las manos del hombre se posaron sobre ellos.

—Eres muy hermosa —dijo Frank, con voz tensa.

—Lo sé —sonrió ella—… Y seguramente, es la vez que más me alegro de ello, Frank.

Volvieron a besarse. Minelli notaba contra su vientre el de ella. En su boca, la lengua de Tatiana buscaba dulces placeres, lentamente. Era como tener un deliciosa y extraña fruta fresca dentro de la boca, y Minelli continuó siguiendo el juego, degustando aquella fruta…, mientras su virilidad iba reaccionando con toda normalidad.

Ella se apartó de pronto, y rio quedamente.

—¿No decías que eres impotente?

—Debo de haberme curado.

—Ven.

Tatiana le tomó de una mano, y tiró de él hacia el dormitorio de la *suite*. Nada más entrar, se quitó la pieza inferior del bikini, quedando completamente desnuda, espléndida sobre sus zapatos playeros de tacón alto. Ella le quitó a Minelli el albornoz, y luego, muy despacio, fue deslizando hacia abajo el traje de baño.

Segundos después, estaban en la cama. Ella volvió a besarlo, apretando su cuerpo contra el de él, en muda exigencia de caricias. Las manos de Francesco fueron acariciando aquel cuerpo magnífico, mientras, inevitablemente, notaba la excitación creciente de ella, y la suya propia.

Hasta que Tatiana se tendió completamente, y lo atrajo hacia sus muslos.

—Ven —pidió—… Ven conmigo…

Francesco Minelli se sumergió como en sueños entre las mórbidas piernas. El suspiro de ella le llegó al rostro como una brisa cálida cuando ella lo recibió completamente. Los finos brazos femeninos rodearon el cuello del hombre.

—Oh, Frank —susurró—… Frank, sí, sí… ¡Oh, sí…!

* * *

—¡Para! —gritó Mirna, riendo—. ¡Frank, para, vas a conseguir que la lancha despegue…!

Él la miró. Mirna estaba agarrada al borde del parabrisas de la veloz lancha, al aire sus cabellos rubios que parecían rayos de sol. Estaba completamente desnuda bajo el cielo azul, sobre el mar azul.

La costa había quedado lejos, muy lejos. Era como si en lugar de haber emprendido un simple paseo, se hubiesen perdido en la grandiosidad del Caribe.

Francesco redujo la velocidad de la lancha, y acto seguido paró los motores gemelos. La lancha continuó deslizándose algo más de un centenar de metros, y finalmente se detuvo. Quedó como una diminuta cáscara de nuez flotando sobre las olas.

Tan desnudo como Mirna, Francesco la miró sonriente, y preguntó:

—¿Te has asustado?

—Un poco —admitió ella—… ¡Parecía que íbamos a volar!

—Eso todavía sería más divertido.

—Pero podíamos volcar.

—Grave inconveniente: nos recogerían como náufragos… ¡Sería divertido!

—Quizá para ti —rio nerviosamente Tatiana—… ¡Yo no sé nadar!

—¿Cómo que no sabes nadar? —Se pasmó él—. ¡Nos pasamos todo el día de ayer nadando en la piscina y en la playa!

—Bueno, sé sostenerme un poco, jugar en el agua… ¡Pero de eso a permanecer nadando hasta que nos recogieran…! ¡Cuando nos encontrasen, ya me habría ido al fondo!

—Eso quiere decir que a ti no te encontrarían.

—A menos —ella se abrazó a él— que tú me sostuvieras… hasta que nos recogieran… o nos fuésemos los dos juntos al fondo. ¿Te gustaría morir conmigo?

—La verdad, prefiero vivir contigo.

Ella sonrió dulcemente, y le besó. Sobre ellos, el sol del mediodía lanzaba rayos de fuego. Dentro de la lancha, la cesta con víveres para todo el día y la pequeña nevera portátil esperaban el momento de ser abiertas.

Pero eso todavía tardaría, porque Francesco y Tatiana se tendieron en la cubierta, sin dejar de besarse, abrazados… Hacía calor fuera y dentro de sus cuerpos. Francesco, tras dos noches de convivencia con Mirna Koster, sabía ya muy bien lo que ella expresaba o pedía con cada gesto, con cada suspiro.

Y la complació.

Cuando Tatiana se sintió llena de hombre emitió uno de aquellos

suspiros de gozo que estremecían al hombre que la estaba poseyendo.

* * *

La música había languidecido. Ya no era movida, trepidante, enervante, sino lenta, dulce. En la pequeña pista junto a la piscina del Hotel República, sólo quedaba una pareja bailando, muy estrechamente abrazados.

En la pequeña tarima destinada a los músicos, uno de éstos miró su reloj de pulsera un instante. Uno de sus tres compañeros, que captó el gesto, preguntó, sin dejar de tañer lánguidamente la guitarra:

—¿Qué hora es, Pedro?

—Las tres y media.

—La madre que los parió quedó descansada… ¡Las tres de la mañana y siguen ahí bailando! ¿Por qué no se van a dormir, como todo el mundo?

—Tranquilo, amigo. Tú y yo estamos trabajando: ellos se están divirtiendo. De modo que el tiempo no es igual para nosotros que para ellos.

—Espero que al menos nos den una linda propina.

—Él es simpático. Seguro que sí.

Siguieron tocando.

En la pista, bajo la única luz de la roja luna, Tatiana y Francesco seguían bailando, lentísimamente, como adormecidos, ella luciendo un precioso vestido de noche de color blanco, él con esmoquin…

—¡Joder, y qué bien se lo pasan! —exclamó Pedro—. ¡Ese tío ha ligado en firme!

—La madre que los parió —dijo el otro.

Pocos segundos después, terminaron la pieza. Durante unos segundos, la pareja continuó bailando, como si no se hubiesen enterado. De pronto, se detuvieron.

—Frank —susurró Mirna, junto al oído de él.

—¿Mmmm…?

—Es muy tarde… Si mañana queremos dar un paseo en coche por la isla…

—Está bien. ¿Habitaciones separadas?

—Oh, no… ¡Eso no!

—Me ha parecido que estabas cansada…

—Pero no para eso, tonto…

Separaron sus cuerpos. Francesco miró alrededor, y vio a los músicos, inmóviles, mirándolos. Sonriendo, se acercó a ellos, con una mano en un bolsillo. Sacó un rollo de dólares, y apartó varios billetes, sin contarlos, y los tendió hacia Pedro.

—Gracias, amigos… Y buenas noches.

—Buenas noches, señor. ¡Y gracias!

Los vieron entrar en el hotel, abrazados por la cintura. Sólo entonces miró Pedro la cantidad recibida, contándola rápidamente.

—Doscientos veinte dólares… —jadeó.

—¡La madre que los parió! —exclamó el otro, dando un último rasgueo a la guitarra—. ¡Ojalá vuelvan mañana!

* * *

Francesco entró en el cuarto de baño cuando Mirna estaba sumergida en agua tibia hasta el cuello, flotando abundante espuma alrededor. Él acercó el blanco taburete, y se sentó a su lado.

—¿Qué te parecería descansar esta noche? —propuso.

—Descansar, ¿de qué? —exclamó ella.

—Bueno, de fiestas, bailes y clubes… Hemos estado todo el día recorriendo la isla en automóvil…

—Es una isla preciosa —entornó los ojos Mirna—… ¡Es verdaderamente preciosa, Frank! Esas costas, las playas, las selvas del interior, esos pueblecitos pequeños, pero tan cuidados, tan limpios y agradables… Tengo la impresión de que la gente de San Nataniel es muy feliz.

—Es lógico, en un país donde toda la ambición del gobierno es conseguir precisamente eso.

—¿De veras? —Lo miró vivamente Tatiana. Bueno, ésa debe de ser una impresión tuya. Generalmente, todos los gobiernos ofrecen al pueblo mucho menos de lo que podrían si quisieran.

—No es éste el caso de San Nataniel, querida.

—¿Cómo puedes saber eso? —rio ella.

Francesco se inclinó, y sopló la espuma, alejándola de alrededor del cuerpo de Tatiana, de modo que pudo verlo a través del agua.

—Bueno, conozco algunas gentes de aquí… Tienes un cuerpo precioso. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—¡Muchas! ¿A quiénes conoces?

—Bah, a algunas personas…

—¡Pero si no hablas español!

—Casi toda la gente de San Nataniel se las arregla muy bien con el idioma inglés. Bueno, ¿qué te parece mi idea? ¿Descansamos esta noche… de salir?

—Te encuentro raro —murmuró Tatiana—… ¿Ocurre algo?

Francesco bajó la mirada, y frunció el ceño.

—Quizá tenga que marcharme pronto —murmuró.

—¿Marcharte? ¿Adónde?

—Tengo cosas que hacer.

—Pero dijiste que estabas de vacaciones…

—Llevo aquí cinco días. Son unas buenas vacaciones… para mí, al menos. Mirna, lo siento.

Ella parpadeó.

—¿Volverás pronto? —susurró.

—No creo.

—Bueno, pero podríamos… podríamos encontrarnos en otro lugar. Yo puedo… puedo ir a donde sea… ¿Regresas a Estados Unidos?

—No.

—Entonces, ¿adónde vas?

—Siento tener que marcharme —eludió él.

—Está bien —se tensó la voz de Mirna; de pronto intentó sonreír—… Bueno, esto tenía que ocurrir, tarde o temprano, pero… creí que duraría mucho más. O quizá lo deseaba, porque… porque me estaba gustando tanto…

—A mí también.

—¿Cuándo te vas?

—Exactamente no lo sé. Dentro de un par de días, quizá tres…

Tatiana Kolesnikov suspiró.

—Creo que no debemos ponernos tristes… ¡Oh, qué tontería!, ése no fue el trato, ¿verdad? Aunque sólo fuese un rato después de cenar, a tomar unas copas de champaña por ahí… ¡Podríamos ir a uno de los pueblecitos de la costa! Estaríamos de regreso a medianoche, y podríamos descansar… y lo demás.

Se miraron, y sonrieron a la vez. Francesco metió una mano en el agua, y acarició los pechos de Tatiana, que rio, brillantes los ojos.

—¿Por qué no te bañas conmigo?

—Si me meto en la bañera contigo, nos quedaríamos aquí los dos hasta mañana. Anda, termina y vístete. Iremos a cenar, y luego a dar un paseo en tu coche… ¡Vamos, vamos…!

Jugó con sus pechos, y ella, riendo, le echó agua a la cara, obligándole a salir corriendo del cuarto de baño… La risa de Tatiana cesó de súbito cuando supo que Francesco había salido de su *suite* para ir a vestirse a la suya.

El juego había terminado. Mala suerte.

Capítulo V

Tatiana detuvo el coche a un lado de la carretera que conducía, formando un largo cinturón, a todos los pueblecitos de la costa de San Nataniel. A la derecha del automóvil quedó el mar, bañado de luz lunar, esta noche de tono plateado.

—¿Qué pasa? —se sorprendió Frank—. ¿Por qué paras aquí?

—¿No te gusta escuchar el mar?

Ella bajó la ventanilla de su lado completamente. El rumor del mar pareció inundar el coche. Por lo demás, todo era silencio. A los lejos, por detrás de ellos, resplandecía levemente la ciudad de San Nataniel.

Francesco miró sonriente a Tatiana.

—Se me está ocurriendo algo encantador… ¿No te gustaría que nos bañásemos desnudos en esta playa, a la luz de la luna?

Ella sonrió levemente. Frank bajó el tirante de un hombro del vestido de noche de ella, y luego, parte del vestido. La resplandeciente luz lunar tiñó de plata el hermoso seno de la muchacha rusa. Francesco se inclinó a besarlo, y notó la tensión en el cuerpo de ella, al mismo tiempo que su manita en la nuca, como otras veces…

—Salgamos del coche —susurró ella.

Él alzó la cabeza, la miró, sonrió. Sin decir palabra, salió del coche… y se encontró frente a las siluetas de dos hombres. La luz de la luna rebrilló ahora sobre la superficie de dos pistolas, que apuntaban al cuerpo de Francesco. Éste quedó inmóvil. No levantó las manos, ni preguntó nada, ni se asustó: simplemente, quedó inmóvil. Tatiana salió también del coche, lo cerró, y fue a reunirse con los tres.

—No lleva armas —murmuró—… Nunca lleva armas.

—Está bien. Camine, señor Minelli.

—¿Hacia dónde? —preguntó Francesco serenamente.

—Gire cuarenta y cinco grados y siga recto. Verá una pequeña casita cerca de la playa, entre los cocoteros. Ahí es a donde vamos. Usted delante, y nosotros, apuntándole a la espalda, detrás.

—De acuerdo.

Apenas medio minuto más tarde, entraban en la casa. Luego, aparecieron en el saloncito, en el momento en que se encendía la luz de una lámpara de pie en un rincón de éste. Francesco vio al hombre que ocupaba; confortablemente instalado, un mullido sillón, cerca de la lámpara, quedando de espaldas a ésta. No pudo ver bien su rostro.

—Acérquese, señor Minelli —llegó la invitación, en inglés, con tono amable—… ¿Un *whisky*?

—Mi intención era beber champaña, esta noche —dijo Frank, acercándose.

—Podemos solucionar eso, afortunadamente: Basili, ve al frigorífico a por la botella de champaña. Siéntese, señor Minelli, por favor.

—Gracias.

Se sentó, de frente al hombre. Podía vislumbrar su rostro. Un rostro grande, viril, recio, agradable, rodeado de una densa y amplia cabellera. Vio también las manos, grandes y fuertes, y captó la amplitud de los hombros.

—No parece usted muy sorprendido, señor Minelli.

—Lo estuve una fracción de segundo.

—Ya. Pero reaccionó enseguida, al comprender que nuestra estimada Mirna Koster había estado… jugando.

—He comprendido eso.

—Bien… Puede insultarla, si gusta: ella se hará cargo.

—No vale la pena. Esta misma jugada la he hecho yo otras veces. Esta vez, me ha tocado perder… Naturalmente, ustedes deben de saber bastante de mí, ¿no es cierto?

—Vaya, me alegra comprobar que estamos entre grandes profesionales. Eso simplificará mucho las cosas, espero. Sí, sabemos algunas cosas de usted, pero… no tantas como quisiéramos. Ante todo, le agradecería que me aclarase una cosa: su nombre es de origen italiano, pero su pasaporte es de San Nataniel…, y en cambio, usted no habla este idioma, el español. Desconcertante. ¿Puede explicármelo?

—Nací en Estados Unidos, de familia italiana; luego, me nacionalicé natanielense.

—Debe de hacer muy poco, ¿no? Porque si hiciese mucho tiempo, usted hablaría ya el español. Por otro lado, es sorprendente que sin hablar este idioma haya sido admitido como ciudadano de este pequeño país. ¿Debido a qué privilegios lo consiguió?

—Necesitaban espías bien entrenados. Yo había trabajado para la CIA. Poco después de dejarlo, un personaje del servicio secreto de San Nataniel, me visitó, para hacerme proposiciones.

—¿Qué proposiciones?

—Pasaporte natanielense y tres mil dólares mensuales, más primas extras en determinados trabajos, si aceptaba trabajar para ellos en los Estados Unidos. Acepté.

—Me parece que no se va a hacer usted rico.

—Las primas son buenas, tengo bastante dinero ahorrado. Y de todos modos, prefiero San Nataniel a la CIA. Las cosas me van bien, Francamente…, o me iban bien hasta ahora.

—No se preocupe. Nosotros… Ah, el champaña. Sirve a nuestro invitado, Basili.

—Prefiero servirme yo mismo, si no les importa —dijo Frank.

—Claro que no.

Basili Balashov depositó la botella y la bandeja con algunas copas sobre una mesita, que empujó hacia Francesco. Éste examinó el precinto de la botella, asintió, y procedió a descorcharla. La primera copa que llenó la tendió a Tatiana Kolesnikov, que permanecía a tres pasos de él, mirándole fijamente. Ella parpadeó, y no se movió.

—Vamos, no seas tonta —sonrió Francesco—: bebe. A menos que esté envenenado, claro.

Tatiana se acercó, y tomó la copa. Francesco notó el temblor de los finos dedos que durante aquellos cinco días le habían prodigado tantas caricias. Movió la cabeza, se sirvió una copa para sí, y bebió un sorbo.

—Excelente champaña —dijo—. Muy amable por su parte, señor… señor…

—Gaprindashvili —rio Tigran—, pero para simplificar, y aceptando las costumbres americanas, puede llamarme Gap, simplemente.

—*Okay*, Gap. ¿De qué va el juego?

—Me gusta usted, Minelli. Y espero que nos entenderemos. Veamos… Usted estuvo la semana pasada en Washington, y visitó cuatro veces la Casa Blanca. Luego, se vino aquí, y nada más llegar, fue recibido inmediatamente en la Casa Presidencial. Después de eso, se dedicó a divertirse. ¿Correcto?

—Sí.

—Muy bien. La pregunta es: ¿qué clase de negociaciones ha realizado usted entre los presidentes de Estados Unidos y San Nataniel? ¿O quizá la pregunta está mal formulada?

—No, no: está perfectamente formulada. El único inconveniente que tiene su pregunta, Gap, es que se va a quedar sin respuesta.

—Podemos cambiar el champaña por el vinagre, Minelli.

—Ya cuento con eso. De modo que antes de que empiecen mis desdichas, tomaré otra copa de champ…

Había tomado la botella, pero no se sirvió de ella, sino que, de pronto, la lanzó hacia la cabeza de Kirzhinov, que permanecía de pie, silencioso, vigilándolo siempre pistola en mano. El ruso lanzó un grito de sobresalto, y se movió para esquivar el proyectil, consiguiéndolo a medias, pues en lugar de acertarle en el rostro le golpeó en el hombro derecho, con tal fuerza que casi le hizo soltar la pistola.

Al mismo tiempo, Minelli saltaba hacia Tatiana, y antes de que ésta consiguiese reaccionar la había agarrado de un brazo, que retorció hacia su espalda…, mientras Basili Balashov, alzando su pistola, se acercaba de un salto a ambos, dispuesto a golpear. Frank empujó a Tatiana hacia Balashov, estrellándola contra el pecho de éste, que cayó sentado…, para recibir inmediatamente un puntapié tremendo en la boca del estómago, propinado por el agilísimo Minelli…, que se volvió hacia Kirzhinov cuando también éste se disponía a golpearle en la cabeza con la pistola…

Un puñetazo en plena nariz de Kirzhinov resolvió la cuestión, haciendo salir volando al ruso, desarmado, para caer con sordo impacto de espaldas al suelo, algo más allá de donde Balashov se revolcaba presa del intenso dolor en su estómago. Tatiana, que había rebotado contra su compañero y había caído también sentada, se estaba alejando, en busca de la pistola de Balashov, pero Frank la asió por los cabellos y la puso en pie de un tirón tan violento que la

muchacha lanzó un fuerte alarido de dolor.

—Lo siento, querida —jadeó Minelli—, pero vas a serme de mucha utilidad para escapar de aquí. ¡Y usted, no se mueva, o le parto el brazo a esta maldita zorra!

Tigran Gaprindashvili, que no se había movido ni alterado en absoluto, asintió con un gesto, al mismo tiempo que decía:

—No me muevo.

—Mejor para todos. Tú, puerca, ve retrocediendo conmigo hacia la puerta para…

De algún lugar del saloncito tan parcamente iluminado, una sombra apareció de pronto por detrás de Francesco Minelli, algo brilló, se oyó el sordo impacto en la cabeza del norteamericano, el gemido de éste… Tatiana quedó libre, mientras Francesco caía lentamente de rodillas…

—Dale otra vez, Semion —dijo Tigran—. Pero con cuidado.

La pistola golpeó de nuevo en la cabeza de Francesco, que pareció llenarse de luces, de zumbidos, de estampidos…, de dolor, y, finalmente, de oscuridad absoluta. Por fortuna, su nariz ya estaba rota hacía años, de modo que no sufrió demasiado cuando chocó contra el suelo.

* * *

Todavía no había recuperado del todo el conocimiento cuando notó el pinchazo en un brazo. Esto contribuyó a reanimarlo, gruñendo por el leve dolor. Entonces, la cabeza le dio mil vueltas y pareció estar dentro de una campana en pleno volteo. Cerró los ojos, y tuvo la sensación de que sus párpados chocaban con tal violencia que se produjeron chispas de todos los colores.

—Pronto se encontrará mejor, Minelli —oyó la voz de Gap.

Se quedó quieto, respirando, lenta y profundamente. Y, en efecto, apenas un minuto más tarde se sentía mejor. Mucho mejor… En realidad se sentía estupendamente. ¡Zambomba, qué estupendamente se estaba sintiendo en aquel momento!

Abrió los ojos.

Estaba sentado en uno de los sillones, y ante él vio a Gap y a Mirna. Por detrás de éstos, uno a cada lado y pistola en mano, estaban los otros dos rusos, mirándole hoscamente; uno de ellos

tenía la nariz algo hinchada. No vio a nadie más, y comprendió que el sujeto que le había golpeado seguía reservándose para otra posible jugada…

—¿Le gustaría ver unas fotografías, Minelli?

—Quizá no sea necesario… —sugirió Mirna Koster.

—Vamos, no seas tímida. Si lo hiciste, bien puedes verlo, querida Tatiana. Y al señor Minelli quizá le guste tener un bello recuerdo de vuestro amor. Vea, Minelli.

Francesco tomó el puñado de fotografías que le tendía Gap. Se estaba dando cuenta de que sentía una extraña euforia, que no le pesaba el cuerpo, que no le dolía nada. ¡Se encontraba cojonudamente! Y cuando vio las fotografías sonrió, y dirigió una mirada maliciosa a Tatiana Kolesnikov.

—¡Zambomba, qué bárbaros…! —exclamó—. ¿Todo esto hemos estado haciendo nosotros, querida?

—Son unas fotos estimulantes, ¿verdad? —dijo Gap.

Francesco asintió, en silencio. Bueno, no debían verlas los niños, pero a fin de cuentas lo que aparecía en las fotos era sólo parte de lo que podían hacer un hombre y una mujer… Mirna estaba bellísima, tan rubia, tan desnuda, con aquellas expresiones de profundo éxtasis… ¡Ah, el sexo es agradable, desde luego!

Por fin, Francesco alzó la cabeza.

—¿Puedo quedármelas? —pidió.

—Naturalmente. —Gap sonrió muy amable—. Son unas copias, nada más.

—Entiendo. Se reservan los negativos, claro. Dígame: ¿cómo las consiguieron? Espere, no me lo diga, soy tan listo que ya lo he comprendido: todo estaba siempre dispuesto para obtener estas fotografías, lo mismo en la *suite* de Mirna que en los sitios adonde fuésemos a disfrutar de nuestro «amor»… Incluso han debido de utilizar teleobjetivo en varias ocasiones.

—Exacto.

—Lástima que no pudieran tomar las de la lancha… Creo que habrían sido las mejores. A pleno sol, los dos ardiendo… Vaya, lástima que no pueda tener ésas como recuerdo.

—No se puede conseguir todo. Pero, Minelli, aparte de que usted y Tatiana han sido vistos de sobra juntos estos días, estas fotos servirían para demostrar claramente a qué grado de intimidad

llegaron. Una intimidad tal que nadie se sorprendería demasiado si usted hubiese sido… demasiado locuaz con Tatiana en ocasiones. ¿Me comprende?

—Tenemos —sonrió Francesco— el clásico caso del espía al que una bella espía le toma el pelo y le saca todos los secretos de sus trabajos.

—Cualquiera lo creería, ¿no está de acuerdo? Por ejemplo, lo creería su jefe del servicio secreto de San Nataniel…, y lo creería la CIA. Me parece que ambas partes se enfadarían bastante con usted si vieran estas fotografías y supieran que se dejó engañar tan fácilmente. A decir verdad, mucho me temo que, especialmente la CIA, se mostraría muy dura con usted. Lo mínimo que pensarían sería que había sido ingenuo, inepto e imprudente. Nosotros, los profesionales, sabemos que la CIA ha eliminado a mucha gente por menos de eso.

—Pero yo no le he dicho nada a Tatiana…

—¿Le creerían a usted cuando nosotros demostrásemos conocer la misión que le ha hecho viajar entre Washington y San Nataniel?

—¿Cómo pueden saber una cosa que yo no les he dicho?

—Bueno, Minelli, a ratos me parece usted un tanto ingenuo en verdad. Le hemos inyectado sólo una pequeña dosis de cierta droga que, además de hacerle sentirse bien, le está produciendo una cierta euforia. Si le inyectamos otra dosis más adecuada, usted comenzará a hablar contestando a todas las preguntas que le hagamos. Eso resultaría desagradable, a la larga. Para usted, se entiende. Considero que sería mejor que nos lo dijera todo… en estado de plena consciencia y sólo turbado por esa ligera euforia.

—No les diré nada voluntariamente —sonrió Minelli.

Tigran Gaprindashvili acercó un sillón, se sentó frente a Francesco, y se quedó mirándolo fijamente.

—Escuche nuestra oferta, Minelli… Si usted nos dice lo que nosotros queremos saber, estas fotografías jamás serán vistas por nadie: irán a parar a lo más profundo de nuestros archivos. Nadie podrá sospechar que usted se fue de la lengua. Le dejaremos aquí, podrá seguir viviendo como hasta ahora, y para usted todo terminará bien…

—¿Quiere decir que no piensan matarme?

—¡Qué barbaridad, claro que no! Nunca matamos… Nunca,

salvo situaciones excepcionales de riesgo para nosotros, cosa que espero comprenda. Pero, hasta el momento, no hemos tenido necesidad de hacerlo. ¿Matarlo? No, no: simplemente, será como si usted y nosotros jamás hubiésemos estado en contacto. Le dejaremos aquí con Tatiana, volverán a su hotel aparentemente tan amigos, ella se irá mañana o pasado, o quizá se vaya usted a esa nueva misión que suponemos… No habrá pasado nada. Nadie sospechará que usted fue quien nos facilitó la información de lo que se cuece entre Washington y San Nataniel. Es un buen trato, ¿no le parece?

—¿Y si no les digo lo que quieren saber?

—Será todo un poco más desagradable para usted. Le inyectaremos una dosis de droga que lo dejará a nuestra merced, nos lo dirá todo igualmente, y luego se encontraría solo, bastante enfermo, y en la difícil situación de tener que dar explicaciones sobre la súbita ausencia de Tatiana. Cuando, más adelante, quizá la CIA se enterase de que nosotros sabemos ese asunto, pensarían inmediatamente en usted. Lo buscarían, lo interrogarían… Vamos, Minelli, con la CIA no se juega. Ellos sabrían que usted fue quien nos facilitó la información, y, llegados a ese punto, quizá nosotros, enfadados con usted, le enviásemos unas cuantas de estas fotografías con una dedicatoria de Tatiana… ¿Qué cree que pensaría la CIA?

—Que yo había cometido traición por ineptitud; que, como mínimo, soy un imbécil.

—Más o menos. No lo pasaría usted bien, se lo garantizo… En cambio, si se muestra razonable, la CIA nunca sabrá nada.

—Pero sabrán que ustedes saben lo que estuve negociando en Washington, y pensarán que yo…

—No. Tenemos… montado el asunto de otro modo. No pensarán en usted.

Y si a usted le hacían preguntas, con negar que hubiese dicho nada a nadie, asunto terminado. La CIA no vería ni una sola fotografía, no se interesaría por una chica que se había estado divirtiendo con usted tranquilamente, usted estaría haciendo tan tranquilo otro trabajo, todo normal…

—Pero si ustedes estaban al corriente, la CIA bien tendría que sospechar de alguien.

—Sí. Pero no de usted. Ya le he dicho que tenemos montado el asunto de otro modo. De usted nadie haría caso, créame.

—¿De quién sospecharían?

—Olvide eso. Sólo piense en lo que le conviene a usted: seguir viviendo como hasta ahora, o complicarse la vida mucho, tanto que quizá se le… terminase la vida que tanto sabe usted disfrutar.

Francesco se pasó la lengua por los labios, y permaneció pensativo casi un minuto.

—Me parece —murmuró de pronto— que no tengo muchas alternativas.

—No. Sólo dos: una buena y otra mala. La droga o la discreción por nuestra parte. Y recuerde: de todos modos, usted *nos dirá* lo que queremos saber.

—Está bien… Sobra la droga, Gap.

—Estupendo. ¿Cuál ha sido su cometido entre la Casa Blanca y la Casa Presidencial?

Francesco hizo un gesto como de impotencia.

—Se está negociando la instalación de una base secreta de proyectiles atómicos en San Nataniel, para cubrir los puntos más estratégicos del continente africano.

Los rusos palidecieron, y Francesco se dio cuenta perfecta de ello. Los miró un instante, gruñó algo, y desvió la mirada, como asqueado de sí mismo.

La voz de Tigran sonó como con sordina:

—¿Eso está ya decidido?

—Todavía no, pero hay muchas posibilidades. Expuse al señor Presidente de San Nataniel la propuesta definitiva del presidente Carter, con el que estuve negociando un tanto ásperamente, pues como es natural, yo tenía instrucciones muy concretas, y el señor Carter no estaba de acuerdo con algunos de los puntos. Por eso tuve que ir cuatro veces en una semana a la Casa Blanca.

—¿Qué dijo el Presidente de San Nataniel a la propuesta definitiva del señor Carter?

—Que la estudiaría, naturalmente.

—¿Cree que ya ha llegado a una decisión, y por eso tiene usted que marcharse de aquí, para llevar la respuesta a la Casa Blanca?

—No, no. A mí no volverán a utilizarme para eso. Enviarán a otro agente.

—¿Sabe el nombre de ese agente?

—Claro que no —le miró entre sorprendido e irritado Francesco—… ¡Qué estupidez!

—Es cierto —admitió Gap—. ¿Adónde tenía que ir usted?

—Debo volver a Estados Unidos, pero esta vez a California y continuar allí mi cómodo trabajo rutinario…, hasta que, algún día, reciba de nuevo instrucciones especiales. Así trabajo yo para San Nataniel, y esas misiones especiales son las que determinan las primas extras.

—¿La CIA consiente que usted opere en Estados Unidos? —Se mostró incrédulo Gap.

—La CIA sabe perfectamente quién soy, y que, pese a que trabajo ahora para San Nataniel, mis actividades no son antinorteamericanas. Simplemente, recojo informaciones de espías de otras nacionalidades para San Nataniel. Y hasta ahora —torció el gesto— no lo estaba haciendo nada mal.

—No se desconsuele —murmuró Tigran—: todos fallamos alguna vez. Minelli, sería peligroso para usted que nos estuviera tomando el pelo, ¿comprende?

—Váyase a… —masculló Francesco.

—De acuerdo. Nosotros vamos a cumplir el pacto: se quedará aquí con Tatiana…, es decir, con Mirna, y por la mañana, muy acaramelados, volverán al hotel. No ha pasado nada… especial. Sigan haciéndose cariñitos, o, si no es usted capaz de fingir tanto, adelante su regreso a Estados Unidos, y… olvide todo esto. ¿De acuerdo?

—Francamente, me sorprende que no me maten.

—Eso sería una tontería por nuestra parte. En primer lugar, ya le he dicho que no matamos a nadie. En segundo lugar, su muerte sólo serviría para que la CIA y el S. S. de San Nataniel comprendieran que usted nos lo había dicho todo. Y nuestra labor se está realizando de otro modo. Tranquilo, Minelli: siga gozando de su buena vida. Claro que —sonrió de pronto Tigran— si usted prefiere ir a contar lo que le ha sucedido, y que nos ha puesto al corriente de ese proyecto de una base secreta de proyectiles atómicos en San Nataniel…

—¿Cree que estoy loco? —exclamó Minelli—. ¡Soy el primer interesado en que nadie sepa lo que me ha ocurrido!

—Eso es lo lógico —asintió Tigran—. Adiós, Minelli…, y sea razonable. Si yo fuera usted, seguiría tirándome a Tatiana, que es preciosa. Como dicen por aquí: de lo perdido, saca lo que puedas.

Tigran no esperó respuesta de Francesco. Cambió unas palabras en ruso con Tatiana, hizo una seña a Balashov y Kirzhinov, y se dirigieron los tres hacia la puerta…, hacia la que convergía también Semion, reapareciendo de nuevo de la zona oscura, y al que Francesco apenas pudo vislumbrar.

Los cuatro rusos salieron de la casita frente a la playa, y Tigran murmuró:

—Regresaremos a Estados Unidos por separado, tal como vinimos, y… ¿Qué pasa, Basili?

—Me ha parecido oír un ruido en ese lado —señaló Balashov.

Hubo un gesto de alarma en el grupo de rusos, todos sacaron sus armas, y se acercaron al lugar señalado. No había nadie. Pero en la arena encontraron una palma seca de cocotero. Todos miraron hacia arriba, y Tigran sonrió ceñudamente.

—Ha caído una palma seca. Tienes buen oído, pero no tenemos por qué preocuparnos.

Cuando se alejaron de la casita, un par de ojos, desde lo alto de la palmera, permanecieron fijos en ellos. Poco después, la silenciosa «gatita» descendió ágilmente por el tronco de la palmera, descalza, y, cuidando de no dejar huellas, se alejó. Colgando del cuello por medio de una correa, llevaba, en un macuto, todo un sistema de escucha y de radio en miniatura. En una ventana de la casita quedaba clavado el pequeño micrófono-dardo, que más adelante sería retirado.

Capítulo VI

El día siguiente, a las nueve y cuarto de la mañana, Tigran Gaprindashvili, con el nombre de Gerald Westmore y el correspondiente pasaporte norteamericano, tomaba el avión de la American Airlines que le llevaría en vuelo directo a Miami, donde enlazaría para llegar, finalmente, a Washington.

Alto, grande, fuerte, atractivo, viril, Tigran Gaprindashvili recorrió el pasillo del compartimiento de clase de lujo, y fue a sentarse, guiado por la azafata, en su asiento. Mala suerte: no era el de la ventanilla, que ya estaba ocupado, por una mujer de densa y reluciente cabellera negra, que casi le volvía la espalda, pues estaba mirando hacia el exterior.

Esto fue lo primero que vio Tigran: la hermosa cabellera negra, suavemente ondulada. Luego, vio el fino talle un tanto forzado por la postura, la rotunda cadera. La mujer llevaba un vestidito de color rojo, muy ligero, con finos tirantes. Tigran vio la línea del hombro, y luego el mórbido brazo perfecto, de piel tersa, fina, dorada como el mismísimo sol. Luego, Tigran vio el bolso, también rojo, sobre el asiento que él debía ocupar.

—Perdón, señorita —murmuró—: el bolso…

Ella volvió la cabeza, y miró a Tigran. El agente soviético sintió como si un millón de bombas estallasen en su estómago al ver aquel rostro, aquellos grandiosos, bellísimos ojos oscuros, rebosantes de inteligencia…

—Perdón —sonrió ella, cortésmente—. Lo siento.

Retiró el bolso del asiento de Tigran, y éste se sentó, murmurando:

—No tiene importancia…

Ella asintió, y volvió a mirar hacia el exterior. Tigran se quedó con la imagen de aquel rostro grabada en su mente. En realidad, era como si hubiese quedado impresa en sus pupilas: aquellos ojos, la

boquita sonrosada, la correcta nariz, la barbilla, sólida y delicada a la vez, con aquel gracioso hoyuelo vertical en el centro. Y además, había visto parte del torso de la muchacha. El vestido era, cómo no, de riguroso verano, y Tigran había visto una discreta pero muy reveladora porción de la parte alta de los senos, el hueco entre éstos, dorado, terso… Como crema. Como seda y sol…

El agente soviético se quedó con la mente en blanco, capaz sólo de retener aquella imagen. Aspiró hondo, en silencio, y se relajó. De reojo, miró hacia la muchacha. Vio sus manos, de una belleza impresionante, delicadas, sosteniendo un portafolios. Eran las manos más hermosas que Tigran había visto en su vida. En realidad, Tigran Gaprindashvili estaba pensando que tenía a su derecha lo más hermoso que había visto en su vida.

Quince minutos más tarde, el avión despegaba, tras una pequeña dificultad técnica que fue rápidamente resuelta. Tigran no podía dejar de pensar en el rostro de su vecina de asiento, pero no se atrevía a volver la cabeza para mirarla directamente. De reojo, se daba cuenta de que ella miraba hacia el mar: veía el resplandor de su cabellera, larga, sedosa, casi con tono azulado.

Cuando apareció el indicador luminoso autorizando a fumar, la muchacha continuó mirando hacia el mar.

Tigran encendió un cigarrillo, y entonces ella volvió la cabeza, le miró, y frunció el ceño. Luego, miró hacia el luminoso, y su ceño volvió a la posición normal.

Tigran adelantó el paquete de cigarrillos.

—¿Quiere uno? —ofreció.

Ella titubeó un instante, pero aceptó.

—Gracias.

Tigran le ofreció la llamita de su encendedor. Ella se dedicó a fumar, pensativa. Cuando terminó el cigarrillo, abrió el portafolios, sacó unos papeles, y comenzó a leerlos, como preocupada. Tigran miró de reojo los membretes de los papeles: eran de una compañía frutera de San Nataniel, la mayor parte mecanografiados, otros impresos. De cuando en cuando la muchacha movía la cabeza con un gesto como preocupado. Por fin, pareció tomar una decisión, guardó los papeles, y tras vacilar, del portafolios sacó un paquete de cigarrillos marca Coronado, de San Nataniel. Encendió uno, y, de pronto, como recordando algo, miró a Tigran.

—¿Quiere uno? —ofreció.

—Gracias, muy amable —aceptó Tigran—… Son del país, ¿verdad?

—Sí, en efecto. El mejor tabaco del mundo.

Tigran sonrió, con aquel gesto viril y amable que sabía fascinaba a las mujeres.

—Bueno, no puede usted negar que es de San Nataniel, señorita.

—Sí… Bueno, no del todo. Mi padre lo era, y lo soy yo, pero mi madre era canadiense. Cosas que pasan. ¿Es usted yanqui?

—En efecto.

—Ya me parecía que su español no era demasiado bueno…, sin ánimo de ofenderle. Si se siente más cómodo, puede hablar en inglés.

—¿Habla usted inglés?

—Inglés, francés, español y un poco de alemán y otro poco de brasileiro.

—¡Caramba!

La muchacha hizo un gesto de fastidio.

—Sí, parece agradable, pero a la larga resulta fastidioso. ¡Todo tengo que hacerlo yo, por esto de saber idiomas!

—Vaya, tampoco es tan desagradable viajar, ¿no cree?

—En barco, bueno. ¡Me encanta el mar! Pero esto de los aviones no me convence nada. Va sé, ya sé, hoy día es el método más conveniente para viajar, sobre todo cuando los negocios requieren el máximo aprovechamiento del tiempo… Pero prefiero el mar. ¿Y sabe usted por qué?

—Pues no —sonrió Tigran—… ¿Por qué?

—¿Sabe usted volar, señor?

—¿Yo? —exclamó Tigran—. ¡Por supuesto que no!

—Yo tampoco. Y ahí tiene: si mi yatecito se hunde, pues me pongo a nadar hacia la costa, y a lo mejor llego. Pero si este avión cae…, ¡adiós, para siempre, vida mía!

Tigran Gaprindashvili soltó una carcajada. La muchacha le miraba con interés, y sonrió simpáticamente.

—¡Bueno! —dijo Tigran, todavía riendo—. Será cuestión de empezar a aprender a volar, supongo.

—Lo he intentado —dijo ella, muy seria—, pero no es fácil.

Tigran volvió a reír. Algunos pasajeros volvieron la cabeza para

mirarlos, pero el ruso ni se percató de ello. Sólo veía el par de ojos más hermosos que se habían enfrentado jamás a los suyos.

—Lo fácil está al alcance de cualquiera —dijo el ruso—… Por eso no es tan hermoso como lo difícil.

—Sí —reflexionó ella—… Sería hermoso volar… ¿Lo ha intentado usted alguna vez?

—La verdad es que no… ¿Está hablando en serio?

—¡Completamente en serio! Siempre me he preguntado por qué las aves pueden volar y nosotros no. Y la verdad, no encuentro la explicación.

—Bueno…, será porque ellas tienen alas, ¿no?

—Bah, bah, bah… ¿Qué son unas alas? Son sólo parte de un cuerpo preparado para volar. El ser humano viene evolucionando hace yo qué sé cuánto tiempo, y siempre ha ido perfeccionándose. Dicen que la función crea el órgano, es decir, que si usted necesitase seis dedos, llegaría a tenerlos, si se empeñaba firmemente en ello. Yo me pregunto por qué el ser humano no se empeña en volar, con lo bonito y práctico que es… ¡Estoy segura de que algún día llegaríamos a tener unas pequeñas alas, que poco a poco se irían haciendo grandes, grandes, grandes, hasta que alcanzasen el tamaño y la fuerza suficientes para permitirnos alzar el vuelo…! ¿No está de acuerdo?

—Caramba, pues la verdad… No sé…

—Yo, desde luego, lo voy intentando.

—¡Es usted muy simpática! —rio de nuevo Tigran—. ¿Y cómo lo hace, cómo… lo intenta?

—Oh, muevo los brazos y me digo: vamos, Margarita, vamos, ¡levanta el vuelo! ¡Y lo intento de todo corazón!

—¡Fantástico! —rio otra vez el ruso.

—Pero todavía no lo he conseguido…

—¡Sería en verdad sorprendente!

—Sí, un poco. Pero maravilloso, ¿no cree? Imagínese que tuviese que ir a Estados Unidos a resolver negocios de la Frudesan, y mi secretaria dijera que iba a reservarme el pasaje en avión, y yo le dijese: Catalina, querida, no hace falta: ¡ya iré volando…!

Tigran Gaprindashvili se llevó el pasmo de su vida cuando «de pronto», se dio cuenta de que por el servicio de megafonía del avión se estaba aconsejando a los señores pasajeros que se abrochasen los

cinturones para aterrizar. El pasmo fue tal que quedó como atontado. ¿*Ya* estaban llegando a Miami?

—¿Le ocurre algo? —preguntó Margarita Cifuentes y Lafayette (Lafayette por parte de madre)—. ¿Se encuentra bien, señor Westmore?

—¿Eh…? Ah, sí… ¡Sí, sí! ¡Estamos llegando a Miami! Ella le miró entre desconcertada y divertida.

—¿No iba usted a Miami?

—Sí, claro.

—¿Vive usted ahí? Aunque no parece un hombre de negocios.

—¿Qué parezco? —se interesó Tigran.

—Pues no sé…, pero no un hombre de negocios. Creo que debemos abrocharnos los cinturones.

Procedieron ambos a hacerlo, mientras Tigran la miraba de reojo.

—¿Se queda usted en Miami? —murmuró.

—No, no. Tengo que ir a Washington, Nueva York, Chicago… Supongo que usted no se dedica a nada relacionado con frutas.

—No. Lo siento, pero no.

—Tampoco eso… Bueno, quizá sea… piloto, o marino, o… ¡escritor! ¿Es usted escritor?

—Me temo que no. ¿Estará usted muchos días en Washington?

—Depende de cómo me vayan las cosas por allí. Tengo que vender verdaderas cantidades de fruta. ¡Y no sólo venderla, sino conseguir contratos duraderos! Bueno, creo que debemos despedirnos ahora, señor Westmore… Me alegra mucho haberlo conoc…

—Yo también voy a Washington —murmuró Tigran.

—¿¡De veras!? ¿En qué vuelo?

—En el 287 de la North American.

—¡No! Pero… ¡si ése es mi vuelo! ¡Ya sé! ¡Vive usted en Washington y es un político de altura! ¿Sí?

—No —sonrió Tigran—… Tampoco. Vivo en Washington, pero no soy político.

Se arrepintió inmediatamente de haber dicho esto, pero ya no tenía remedio. Miró atentamente a Margarita, que había lanzado un suspiro de alivio.

—¡Menos mal! ¡No me gustan los políticos!

—¿Por qué?

—Creo que son gentes de mente retorcida… Ah, menos nuestro Presidente, claro. Me refiero a Nataniel… ¿Conoce usted al Presidente de San Nataniel?

—No, lo siento.

—Yo sí. Es un hombre… accesible y encantador. Realmente, se considera al servicio de su pueblo. Y además, es simpático y guapo. Y muy inteligente.

—Me gustaría que alguien hablase así de mí —murmuró Tigran.

—¡¿Es usted Presidente de algo?!

—No —rió el ruso.

—¡Entonces…!

Tigran Gaprindashvili tenía una idea en la mente: Margarita era… como irreal, tan simpática, tan bellísima. ¿Realmente todo era así, todo era casualidad en aquel vuelo? La duda, el súbito temor, alarmaron al agente soviético. Muy bien, él tenía sus recursos para saber si le estaban «olfateando» o todo era casualidad.

—¿Estará en un hotel en Washington? —preguntó.

—Oh, sí, claro.

—¿En qué hotel? Lo digo porque quizá podríamos vernos en alguna ocasión.

Margarita se quedó mirándolo atentamente. Luego, sonrió, moviendo la cabeza.

—Voy a estar muy ocupada, señor Westmore. Temo que no serviría de nada que supiera usted en qué hotel voy a parar. ¡Ah, ya hemos llegado…!

Tigran apenas pudo contener un suspiro de alivio: si la bella, divina, encantadora Margarita hubiese sido un cebo, él ya sabría en aquel momento en qué hotel iba a parar. Pero no. El interés de la muchacha, si es que se podía decir así, se ceñía al viaje, eso era todo.

Y sin embargo, cuando a las siete de la tarde Tigran se despidió de la simpática Margarita Cifuentes Lafayette en el aeropuerto Foster Dulles, tuvo la sensación de que su profesión de espía le estaba robando la mejor parte de su vida.

Absolutamente la mejor.

* * *

—Desde todo punto de vista, son espías —decía la voz en el gran salón, mientras iba pasando la película en la que, entre otros personajes aparecía Tigran Gaprindashvili—… Y de los buenos. No son ciertamente, de primera categoría todos ellos, pero sí parecen serlo, en sus respectivos cometidos, los llamados Tigran Gaprindashvili, Semion Vasiukov y Tatiana Kolesnikov, a los que ya hemos ido señalando. Sabemos sus nombres porque ellos mismos nos los han dicho, llamándose entre sí en las conversaciones que nuestros servicios de escucha han captado en el apartamento donde tienen instalados los servicios de la célula completa. La célula completa, que sepamos hasta el momento, consta de once miembros, es decir, ocho hombres que trabajan por parejas frente a la Casa Blanca y luego siguiendo a los visitantes de ésta, y los tres que la dirigen, que son Gaprindashvili, Vasiukov y la Kolesnikov, que regresó hace dos días de San Nataniel, con el nombre que ha estado utilizando allí: Mirna Koster. Gaprindashvili está utilizando el nombre de Gerald Westmore, y Vasiukov el de Lee Granger. Es evidente que disponen de magníficos pasaportes, y que todo está perfectamente montado…

—En resumen —se oyó la voz de Baby—: espionaje de altura.

—De mucha altura, sin la menor duda —replicó la voz informante.

—Del que a mí me gusta. Espero que se hayan dado ustedes cuenta de que, hasta el momento, no ha habido ni un solo muerto en todo este asunto del Canal URSSA.

—Sí —intervino la voz de *Mr*. Cavanagh—…, pero quizá las cosas se compliquen de aquí en adelante. Tenemos localizados e identificados once agentes rusos que están trabajando nada menos que en Washington, y está claro que hace ya tiempo de eso. Quizás ha llegado el momento de ir a por ellos.

—Yo no lo creo así —murmuró Baby.

—¿Por qué?

La película continuó pasando, mientras Baby permanecía en silencio. Nadie insistió. Sólo cuando hubo terminado, y todos hubieron visto a la totalidad de agentes rusos de la célula que trabajaba en el llamado Canal URSSA, y se hubo encendido la luz en el salón, Cavanagh miró a Brigitte, y preguntó de nuevo:

—¿Por qué?

—No están solos —murmuró Brigitte.

Se quedaron todos mirándola. Además de Cavanagh, estaban el analista Percyval Truman, que no parecía muy satisfecho de sí mismo, y tres agentes de la CIA, uno de ellos el operador de cine. Los otros dos eran los enlaces secretísimos entre Baby y el grupo que había localizado a todos los rusos partiendo de Tigran Gaprindashvili en cuanto, nada más llegar a Washington, la señorita Margarita Cifuentes Lafayette (Lafayette por parte de madre, según le había dicho a Tigran en el avión) había señalado con la barbilla al agente ruso, y los agentes americanos se habían convertido en sus sombras.

—¿Cómo que no están solos? —masculló Truman—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Otro análisis?

—Pues sí —le miró sonriente la divina espía, que ahora no llevaba lentillas oscuras ni rellenos en el rostro—… Otro análisis. ¿No le gustan mis análisis, señor Truman?

Cavanagh y los otros hombres de la CIA se quedaron mirando sonrientes a Truman, que soltó un gruñido. No tenía más remedio que aceptar cualquier análisis de la señorita Montfort, pues ésta había ido dando en el blanco vez tras vez. Truman no sabía cómo ella se las había arreglado, pero no había fallado en nada. Al ofrecer la alternativa C había acertado: esto es, la posibilidad de que la traición no estuviese dentro de la Casa Blanca, sino fuera.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Truman.

—Tenemos ocho agentes rusos de buena calidad, y tres dirigentes de primera categoría que los están utilizando muy adecuadamente. Se diría que aquí acaba todo…, pero yo no lo creo. Reflexionemos sobre ello detenidamente: son once buenos espías…, sin contar los dos que se quedaron en San Nataniel y que, posteriormente, según se nos informó, pasaron a Cuba. A éstos, vamos a olvidarlos, ya están fuera de nuestro alcance. Y no interesan… Son de la clase de espías que yo siempre dejo tranquilos: no matan porque sí. Vamos a ceñirnos al personal que está operando aquí, en Washington. Ocho de ellos utilizan diversas tapaderas para permanecer en el país, pero dedicándose a esa admirable y constante vigilancia con teleobjetivo de la Casa Blanca. No será un problema grave capturarlos cuando llegue el momento y en el supuesto de que convenga hacerlo…

—¿Cómo, cómo, cómo…? —saltó Truman—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que quizá no sea necesario detenerlos, señor Truman.

—¡Pero…! ¡Vamos, usted está bromeando! ¡Ocho agentes rusos que nos han estado tocando… las narices cualquiera sabe desde cuándo y usted dice que quizá no sea necesario detenerlos!

—Son pequeños pececillos, en definitiva.

Truman se permitió una sonrisa.

Una amplia sonrisa, considerando que, al menos, había conseguido un pequeño triunfo.

No pudo por menos de recordarle a Brigitte:

—¿No fue usted quien dijo que cuando salía de caza estaba dispuesta a disparar a las piezas grandes y a las pequeñas?

—Sí. Pero he cambiado de opinión…, lo cual, señor Truman, según dicen, es de sabios. Y por otra parte, ahora que sé que tenemos en nuestras aguas a un tiburón, prefiero cazarlo a él, y dejar tranquilos a los pececillos.

—¿Un tiburón?

—Un «cerebro» central de la célula, si lo prefiere usted así, señor Truman.

—¡Ya sabemos quién es ese cerebro central: Tigran Grapsindas… Gaprinvisha…!

—Gaprindashvili —sonrió Brigitte.

—Bueno, pues ése.

—No, no es él. Y le diré cómo he llegado a esa conclusión, a ese… análisis. Veamos… Semion Vasiukov, es decir, Lee Granger, es quien vive normalmente en ese apartamento donde tienen su punto de trabajo: esto nos indica que es un coordinador técnico. Nada más…, ni nada menos. Tatiana Kolesnikov, es decir, la bella Mirna Koster, ocupa un pequeño apartamento, sola, y, aparentemente, es una niña de cuna de oro que está pasando una temporada en Washington. Todos sabemos lo que realmente es la Kolesnikov: un sexo al servicio de la MVD, idéntico al de otros sexos que la CIA utiliza en todo el mundo, no es demasiado lista. Luego, tenemos a Tigran Gaprindashvili, o Gerald Westmore. Él sí es listo. Desconfió de mí en el avión, y si yo le hubiese dicho en qué hotel estaba o estaría en Washington, o hubiese insistido en el contacto, las cosas se habrían complicado. Sí, él sí es listo, pero sólo como agente de

acción y director de un pequeño grupo. También vive en un bonito apartamento, muy tranquilamente, y su labor concreta parece ser analizar a las personas que visitan la Casa Blanca, determinar cuáles son interesantes y cuáles no, y, respecto a las interesantes, tomar las medidas oportunas, como ha sido el caso de nuestro estimado James Bond particular, el querido Francesco Minelli…

—¡A propósito! —saltó Truman—. ¿Qué ha sido de él?

—Sigue tomando el sol en San Nataniel —sonrió Brigitte—. Pero sigamos con Tigran Gaprindashvili, que, por cierto, tampoco debe de ser su auténtico nombre ruso, pues de serlo no se lo habría dicho a Francesco Minelli… Sigamos con él. Lo hace todo, lo dirige todo…, pero no dispone del punto y medio de fuga.

—¿Qué?

—Tiene razón —murmuró Cavanagh—… ¡Debe de haber alguien más en ese grupo, alguien por encima de Gaprindashvili! Alguien que le dirija a él, y que, además, disponga del punto y medio de fuga para toda la célula si las cosas se ponen mal.

—Exactamente —asintió Brigitte—… ¿Nos hemos explicado, señor Truman?

—Desde luego. Escuche, no entiendo por qué está usted dando tumbos por el mundo jugándose la vida, cuando muy bien podría dirigir el Departamento Analítico de la CIA.

—Bueno…, alguien ha de hacer el trabajo sucio fuera de casa, ¿no? —deslizó amablemente la espía más peligrosa del mundo—. Y al parecer, tenemos muchos analistas y pocos agentes dispuestos a hacer ese trabajo sucio. Es lo que está pasando en el bando ruso: en el Directorio de la MVD hay personal encargado de análisis y demás necesidades burocráticas, por decirlo así. Y luego, la MVD dispone de personal dispuesto a hacer el trabajo sucio y jugarse la vida, como es el caso de la Kolesnikov, Vasiukov, Gaprindashvili…, y el tiburón desconocido. Ése es el que quiero.

—Hace años —murmuró Cavanagh— ya salió usted a la caza de un tiburón… ¿Lo recuerda?

—Desde luego —el gesto de Brigitte se endureció un instante—… Pero aquel tiburón era muy diferente, era un asesino carnicero[2], mientras que éste tiene dada la tajante orden de no matar. Son dos tiburones muy diferentes…, así que merecen diferente trato. De todos modos, quiero cazar a ese tiburón.

—¿Para qué exactamente? —preguntó Truman.

—Cuando lo tenga, lo pondremos en una tarima mundial, y diremos: señores, éste es el agente soviético que ha estado presionando personal diplomático de varios países para arrancarles secretos de las negociaciones entre esos países y los Estados Unidos de América; secretos que luego han sido utilizados por Rusia en su provecho, y que parecían indicar que Estados Unidos era desleal con los países que negociaban con ellos… Y a continuación, daremos los nombres de los diplomáticos presionados, pero ya no públicamente, sino a cada país respectivo, para que sus gobiernos hagan con ellos lo que consideren oportuno. Y si fuese necesario, daríamos los nombres de esos diplomáticos, Lo que sea con tal de demostrar que Estados Unidos no es desleal con sus asociados o amigos o interlocutores…

—Lo cual es, precisamente, lo que Rusia está tratando de hacer creer a todos los países que han estado negociando con la Casa Blanca en los últimos tiempos —murmuró Truman.

—Señor Truman: ¡ése sí es un buen análisis!

—Cielos… ¡Y todos pensando que teníamos un traidor o varios en la Casa Blanca!

—Bueno, en el espionaje todas las jugadas son buenas. Las ideas se suceden unas a otras. La gente de imaginación siempre tiene algo que añadir a lo ya conocido…, y así, cada día, en el mundo se van inventando cochinadas tras cochinadas. A este respecto, tengo la certeza de que Estados Unidos también tiene en marcha algunas cochinadas por el mundo… ¿O no lo cree usted así, señor Truman?

—Bueno… No sé…

—Las tiene. Precisamente, creo recordar algo que ustedes mismos me dijeron… Bien, no es cosa de pensar en ello ahora. Lo que tenemos que pensar es cómo pescar al tiburón.

—Bien, pues pensemos —dijo Truman.

—Me he expresado mal —sonrió la divina—: en realidad, he querido decir que se me ha ocurrido algo para pescarlo.

—¿Ya?

—Ya, señor Truman. Como le he dicho hace unos minutos —el tono de la voz de Baby mostró su propio descontento— alguien ha de hacer los trabajos sucios.

Capítulo VII

Tigran Gaprindashvili caminaba en dirección al apartamento de Semion cuando, de pronto, una risa llegó hasta él. Era un día soleado, una resplandeciente mañana de verano en Washington, pero al agente soviético le pareció que todavía había más luz, más calor. Un grato hormigueo recorrió su cuerpo mientras, en su mente, aquella risa provocaba la aparición de una imagen: Margarita.

Giró la cabeza hacia la izquierda, y la vio. El corazón del agente soviético dio un vuelco. Ella estaba riendo de nuevo, y el hombre que la acompañaba la miraba fascinado. Ambos estaban ante la puerta de un banco. Margarita sostenía en la mano izquierda su portafolios, y tendía la derecha al hombre, que la tomó y la retuvo unos segundos de más, mientras decía algo que hizo reír de nuevo a la bellísima natanielense. Margarita comentó algo a su vez, y rieron los dos. El hombre soltó por fin la mano de la muchacha, que la movió en gracioso gesto de última despedida, y se volvió hacia el borde de la acera.

Caminó hacia allí. Tigran se dio cuenta de que tenía un taxi esperando, y que, cosa en absoluto frecuente, el taxista sostenía abierta la portezuela. Margarita llegó junto al taxi, se inclinó para entrar…, y entonces, «de pronto», vio a Tigran. Éste alzó vivamente la cabeza, como sobresaltado. Fue incapaz de cualquier otra reacción, continuó inmóvil en la acera.

Por su parte, tras contemplarlo un par de segundos con expresión de perfectísima sorpresa, Margarita, mostró otra de viva alegría, al tiempo que exclamaba:

—¡Gerald!

Los sentimientos y los pensamientos del agente ruso estaban en plena lucha. Los sentimientos le impulsaban a correr hacia la muchacha, mirar de cerca sus ojos y su boca, tomarle la mano… Los

pensamientos le decían que ojalá no hubiese pasado por allí aquella mañana, como todas. Y mientras se sostenía esta lucha interna, Tigran tuvo que admitir, de una vez por todas, que en ningún momento había conseguido olvidar a Margarita Cifuentes…, que caminaba excitadamente hacia él, con tal gesto de alegría que Tigran se sintió absurdamente feliz.

—¡Gerald…! —repitió ella, deteniéndose ante él—. ¡Qué simpática sorpresa! ¿De dónde sale usted?

Le tendía la mano.

Tigran la tomó; estaba fresca, y era fina, delicada…

—Hola —murmuró—… ¿Qué tal?

—¿Qué le pasa? ¿Se encuentra mal?

—Estoy perfectamente, gracias.

—Ah… ¡Pues lo celebro! —Margarita se echó a reír—. ¡Yo también estoy muy bien, gracias!

Para pasmo de sí mismo, Tigran se dio cuenta de que acababa de sonrojarse.

—Perdone mi descortesía —murmuró—… He quedado tan sorprendido al verla… ¿Cómo está, Margarita?

—¡Muy bien, gracias! —repitió ella, riendo de nuevo.

—Me alegro mucho.

Se dio cuenta de que todavía retenía la mano de ella, y la soltó de pronto. Margarita ladeó la cabeza, y le contempló con expresión maliciosa.

—Vaya, vaya… ¡Qué casualidad encontrarnos, ¿verdad?!

—Sí… Es una gran casualidad. Pasaba por aquí, oí reír a una mujer, y… la identifiqué enseguida. Si no hubiese usted reído no la habría visto, y no me habría parado.

—Ya, ya… Bueno, ¿qué le parece?

—Me temo que no me cree —intentó sonreír Tigran.

—Oh, sí… Bueno, ¿por qué no? La verdad, no puedo pensar que haya sido más que una casualidad. Lo contrario significaría que usted se enteró de en qué hotel iba a alojarme y me ha estado… siguiendo desde entonces, para hacerse el encontradizo. Lo cual me parecería demasiado fantástico, francamente.

—Le aseguro que lo es.

—Claro. ¡Pero habría sido tan romántico…!

—¿Romántico? ¿Por qué?

El falso Gerald Westmore captó perfectamente el leve rubor en el rostro de la muchacha, que desvió la mirada. Y ese rubor de ella causó un impacto en el endurecido corazón del ruso.

—No sé —murmuró Margarita—… Me ha salido así. Bien, tengo… tengo cosas que hacer… ¡y seguramente le estoy haciendo perder el tiempo a usted!

—No se preocupe.

Margarita titubeó.

—Bien… Discúlpeme, tengo un taxi esperando… ¿Quiere que le deje en algún sitio?

Tigran estaba mirando de reojo al hombre del banco, que seguía en la puerta, mirándolos con curiosidad.

—No, gracias.

—Como guste. —Margarita parecía… desilusionada, mortificada —… Adiós, Gerald. No creo que una casualidad como esta vuelva a producirse, ¿no le parece?

—No es probable, en efecto.

—Entonces, adiós.

Ella le tendió de nuevo la mano. Tigran la tomó. Corrientes cálidas recorrían su cuerpo desde la mano. Margarita llevaba esta mañana un encantador vestidito de un tono amarillo levísimo, que parecía casi igual que el de su piel. En su rostro destacaban los grandiosos ojos oscuros, bellísimos. Pero no… El vestido no tenía el menor parecido con su piel. Nada podía tener parecido con aquella piel tersa y fina, que parecía de seda y de oro.

—Espero que las cosas le estén yendo bien —murmuró Tigran.

—La verdad es que sí. Si esta mañana consigo la última entrevista, habré terminado mis gestiones en Washington. ¡Y con magníficos resultados!

—Eso significa que, en efecto, está muy ocupada.

—Hasta la hora del almuerzo, sí —dijo ella, rápidamente, casi ansiosamente, le pareció al ruso.

—Entiendo. Bueno, yo también voy a estar ocupado hasta la hora del almuerzo…

—Lo comprendo.

—Mmm… ¿Está comprometida para almorzar con alguien?

—¡No! —exclamó ella, mirándole alegremente.

—En ese caso…

—¿Sí?

—Bueno, quizá podríamos almorzar juntos…

—¡Sí! —exclamó ella, riendo—. ¡Encantada!

—Me sorprende un poco —murmuró Tigran—… Cuando nos despedimos, se negó a decirme dónde pararía usted en Washington. Como es natural, pensé que mi compañía no le interesaba.

—Eso pensé yo también… entonces —murmuró Margarita.

Tigran Gaprindashvili parpadeó.

—La he recordado estos días —dijo, en un murmullo. Margarita, que le miraba fijamente, parpadeó también.

—Es muy amable por su parte —dijo, con tono quedo.

Movió la mano, y Tigran se dio cuenta de que todavía la tenía en la suya. La soltó de nuevo vivamente. La lucha en su interior era tremenda, terrible.

—¿Quiere que pase a recogerla en algún sitio? —ofreció—. ¿En su hotel, quizá?

—¡Se ha empeñado en saber en qué hotel estoy! —rió Margarita —. Pero estoy de acuerdo… esta vez. ¿Tiene usted coche?

—Por supuesto. Aunque me gusta caminar.

—Ah. Bueno, había pensado que podríamos ir a almorzar fuera de la ciudad, pero si no le gusta…

—Es una excelente idea. Conozco algunos sitios agradables.

—¡Estupendo! —Margarita miró su relojito de pulsera—. ¿Le parece bien a las doce en el vestíbulo del Des Moines?

—Desde luego.

—Hasta entonces, pues…

—Allí estaré…

Margarita le sonrió.

Regresó al taxi, desapareció en su interior. El taxi pasó cerca de Tigran, que vio el rostro de la muchacha en la ventanilla, y el gesto de su mano. Cuando se dio cuenta, Tigran estaba solo en la acera, con la mano todavía en alto correspondiendo al saludo. Se volvió vivamente hacia la puerta del banco; el hombre ya no estaba allí.

Diez minutos más tarde, Tigran Gaprindashvili entraba en el salón del apartamento de Semion Vasiukov. Tatiana ya estaba allí, y ayudaba a su camarada a terminar los preparativos para la proyección de la película conseguida el día anterior, todavía al natural. Sería a partir de ese momento que seleccionarían las

secuencias interesantes para reducir la duración de la película. Sería ese momento el que dedicarían a estudiar a los personajes que entraban y salían de la Casa Blanca…

—Hola —murmuró Tigran—… ¿Todo bien?

Se quedaron mirándolo los dos, pasmados.

—Claro —dijo Semion—… ¿Qué ocurre?

—Nada… Nada. ¿Hay alguna novedad especial?

Tatiana y Semion le contemplaban con curiosidad.

—Si hubiese alguna novedad especial —deslizó suavemente Semion— te habría avisado por medio de la radio-pluma, Tigran, aunque sólo fuese haciéndola sonar tres veces, como tenemos convenido para casos de emergencia.

—¿Te preocupa algo? —inquirió Tatiana.

Gaprindashvili movió la cabeza, se dejó caer en un sillón sin contestar, y por fin, murmuró:

—Veamos qué personajes interesantes tenemos hoy.

* * *

En sólo doce horas, la vida había cambiado para el agente soviético Tigran Gaprindashvili: mientras besaba los labios de Margarita Cifuentes sentía a cada instante con más intensidad aquellas corrientes cálidas en todo su cuerpo. Un cuerpo que estaba… reaccionando después de largo tiempo de abstinencia sexual. Cierto que Tigran podía haber recurrido a cualquier mujer de cierta clase dentro de la profesión en Washington, pero jamás le habían gustado las prostitutas. También podía haber recurrido a la bella y complaciente Tatiana, pero jamás lo había hecho, pese a que ella misma se le había ofrecido en muchas ocasiones. Desde que emprendiera el trabajo actual, Tigran no había querido ninguna clase de complicaciones, nada que turbara su mente en ningún momento…

Y sin embargo, allí estaba, en su apartamento, con una desconocida a la que estaba besando… como si jamás hubiese besado a ninguna mujer. Ya no pensaba, como al poco de llegar allí tras aquellas maravillosas horas con Margarita, cómo era posible que la hubiese llevado a su apartamento. Ya no pensaba nada. Solamente la besaba, y sentía, ya rápida y poderosa, su reacción

masculina.

Sin dejar de besarla, deslizó una mano hacia un seno de ella, lo acarició por encima de la ropa. Notó un instante el gesto de Margarita, y temió el rechazo…, pero no fue así, lo que, por otra parte, no habría tenido sentido. Cuando una mujer va al apartamento de un hombre «a tomar una copa» después de haber pasado todo el día con él, ya sabe que la cuestión no termina con una copa…

Tigran bajó el tirante de un hombro del vestido de Margarita, y su mano acarició ahora la tibia carne finísima. Ella se estremeció. Tigran dejó de besarla, se puso en pie, y tomó las manos de ella, haciéndola también ponerse en pie, mirando sus ojos, no el magnífico seno al desnudo, que vibró con turgencia espléndida. Tirando de las manos de ella, Tigran la condujo hasta el dormitorio. Allí, en silencio, se inclinó, asió el borde del vestido de Margarita, y lo alzó, lo pasó por su cabeza, lo tiró sobre una butaca. Luego, puso sus manos sobre los senos desnudos de la muchacha, que le miraba con expresión cálida y un tanto tensa.

—Tengo… tengo que salir de Washington… muy temprano… hacia Nueva York —murmuró ella, con leve temblor en la voz.

—Está bien.

—Gerald, no… no sé si…

Él la besó de nuevo. Sus manos se deslizaron por la espalda femenina, llegaron a las caderas. Sentía la mente como acorchada; sí, como de corcho. Sólo funcionaba para dirigir aquel deseo que Tigran sabía que no era puramente físico. Estaba sofocado por el deseo… y aterrado por el descubrimiento que, lentamente, estaba haciendo: se había enamorado de Margarita Cifuentes.

Notó el vientre de ella apretándose contra el suyo. El contacto era ya claro y comprometido. Con este gesto, ella admitía ya que no ignoraba el estado sexual de él, y que lo aceptaba…

En el momento en que Tigran apartaba sus labios de los de Margarita, y se disponía a quitarse la liviana chaqueta estival, sonó el leve zumbido… El ruso se irguió vivamente, casi lanzando un grito de sobresalto. Enseguida, sonaron dos zumbidos más.

—¿Qué… qué pasa, qué es eso…? —se desconcertó Margarita.

Tigran estaba petrificado, súbitamente pálido. Hubo una breve pausa, y enseguida sonaron otros dos zumbidos. El espía ruso sacó

su pluma estilográfica, y alzó un poco el capuchón, ante la «atónita» mirada de Margarita.

—¿Sí? —murmuró.

—Tigran, ¿estás bien? —Sonó, tensa, jadeante, la voz de Semion Vasiukov, en ruso.

—Sí, estoy bien —replicó Tigran, en ruso—… ¿Qué ocurre?

—¡No lo sé! ¡Pero hemos sido descubiertos…! Tatiana y yo estábamos en mi apartamento, en la cama, cuando me ha llamado Vladimir por teléfono: han estado a punto de cazarlo. Él y León están escapando fuera de Washington…

—¿Y los demás? —Casi gritó Tigran.

—¡No lo sé! No sé nada de nadie más, sólo tú has contestado. Pero escucha: Tatiana y yo tuvimos el tiempo justo de vestirnos y salir del apartamento… Apenas habíamos entrado en mi coche, llegaron dos coches con cuatro hombres en cada uno, y se metieron en el edificio a toda prisa… ¡Hemos sido descubiertos, Tigran! Ahora sé que esos hombres están arriba, buscándonos.

—Pero… ¿cómo es posible…? Así, de repente… Semion: ¿habéis sacado algo de tu apartamento?

—¡No tuvimos tiempo de nada, sólo de salir de allí vistiéndonos por la escalera prácticamente!

—Eso quiere decir que ellos tienen ahora en sus manos todo el material, los dispositivos… ¡Todo!

—Bueno… Me temo que sí.

Tigran Gaprindashvili sentía como si su sangre se hubiese convertido en hielo. Y no podía coordinar con normalidad, con la rapidez que requería el asunto.

—Tigran… ¿Estás ahí? —inquirió Semion.

—Sí… Sí, sí.

—¿Qué hacemos? Tatiana y yo estamos en mi coche, pero no sabemos qué hacer…

—Salid inmediatamente de Washington —jadeó Tigran—… ¡Digo *inmediatamente*! No os detengáis por nada… ¡Y esperadme en el Punto Lenin!

—Está bien. ¿A ti no te ha ocurrido nada que…?

—¡Haced lo que te he dicho!

Tigran bajó el capuchón de la pluma estilográfica, la guardó, y fue hacia el armario, de cuyo fondo, tras un panel de madera, sacó

una pistola. Cuando se volvió con ella en la mano, Margarita lanzó una exclamación, y se llevó las manos a la boca, asustada.

Parecía que los ojos del ruso iban a saltar de sus órbitas, destacando en su rostro demudado, del color de la leche.

—Vístete —ordenó en ruso.

—¿Qué… qué…?

—Que te vistas —repitió en inglés; se acercó a ella, y, de pronto, le golpeó de revés en pleno rostro, derribándola sobre la cama—… ¡Tendría que matarte aquí mismo, tendría que hacerte pedazos, víbora maldita…!

—¡Gerald! —gemía ella, protegiéndose—. ¡Gerald, me haces daño, te has vuelto loco…!

El ruso se detuvo. Parecía al borde del colapso. De pronto, aspiró profundamente. El esfuerzo para controlarse fue tremendo, pero lo consiguió.

—Vístete —repitió de nuevo en inglés—. Tenemos que salir de Washington, y tú vas a venir como rehén. ¿Lo entiendes?

—No —gimió Margarita—… ¡No lo entiendo, no! No entiendo nada, no lo comprendo…

—Si no eres todo lo rápida que yo deseo —la pistola de Tigran apuntó al desnudo pecho de Margarita—, te mato ahora mismo. ¿Esto sí lo entiendes?

Ella lanzó una exclamación. En cuestión de segundos, estuvo vestida. Sus ojos, muy abiertos, contemplaban espantados a Tigran, que señaló hacia la puerta del dormitorio.

—Quizás haya alguien esperándome en la calle —murmuró—… Si es así, diles que no vacilaré en meterte una bala en la cabeza si intentan detenerme. ¿Está claro? ¡Vamos, camina y déjate ya de fingimientos!

La empujó hacia la puerta. Un minuto más tarde salían del edificio, abrazados de forma un tanto extraña, Margarita por delante del ruso, que apretaba su pistola contra el hígado de ella.

—Camina tranquilamente hacia mi coche.

Ella estaba obedeciendo dócilmente. Obedeció también cuando Tigran le ordenó que se colocase al volante. Salieron de allí con marcha moderada, sin sufrir contratiempo alguno. Cuando Tigran miró de nuevo el rostro de Margarita, vio las lágrimas de ella deslizándose por sus mejillas, y esto le causó un gran impacto:

¿lloraba porque temía morir, o lloraba porque no sabiendo nada de todo aquello, estaba asustadísima? ¿Lloraba la espía o lloraba la mujer?

Y de pronto, Tigran Gaprindashvili tuvo una revelación, un nombre acudió a su mente. Y sus ojos contemplaron con expresión de nuevo desorbitada a aquella mujer.

—Baby —jadeó—… ¡Tienes que ser Baby!

Ella le miró un instante, ahora más desconcertada que asustada, y emitió un sollozo. La duda se expandió por la mente del espía soviético, sus pensamientos se tornaron caóticos.

—¡Contesta! —gritó—. ¡¿Eres Baby?!

—Gerald —sollozó ella—…, ¡estoy asustada, tengo mucho miedo…! ¡Por favor, no me mates, yo no sé lo que…!

—¡¿Eres Baby o no?! —Le puso él la punta de la pistola bajo la orejita derecha.

—¡No! ¡No sé lo que dices, no te entiendo! ¡Oh, Dios mío, te has vuelto loco, vas a matarme, lo sé…! Gerald, por favor, por favor, no te comprendo, no te he hecho nada malo…

—Sigue conduciendo —jadeó él—… ¡Te iré indicando el camino en cuanto salgamos de Washington hacia la costa!

—Déjame salir del coche… ¡Te lo suplico! ¡Por favor, Gerald, por favor…! ¡Oh, Dios mío!

—Si no dejas de lloriquear —masculló él—, si por tu culpa cualquier agente de tráfico o de Caminos hace parar el coche, te mataré, Margarita.

* * *

Finalmente, hacia las dos de la madrugada, tras haber estado viajando primero hacia el este y luego hacia el sur, para volver de pronto hacia el oeste, y luego otra vez hacia el sur, y permanecer detenidos no menos de una hora en el interior de un bosquecillo, llegaron al punto elegido por Tigran. A lo lejos, Margarita vio el resplandor de la luna sobre las aguas del mar. A la izquierda, cerca de la costa, las luces de una pequeña localidad.

—Para —ordenó el ruso.

Ella obedeció. Ya no lloraba. Parecía resignada, pero miraba de cuando en cuando a Tigran con expresión suplicante. No había

vuelto a pedir que la dejase salir del coche.

El ruso recurrió de nuevo a la pluma estilográfica.

—Punto Lenin —murmuró, en ruso—… ¿Estáis aquí, Semion?

—Sí —llegó enseguida la respuesta—. Hace rato que llegamos.

—¿Alguien más?

—No… No. Sólo nosotros: Tatiana y yo.

Tigran suspiró profundamente.

—Voy a haceros la señal con las luces del coche. Cuando me veáis pasar, seguidme.

Guardó la pluma. Su pistola apuntó a la sien derecha de Margarita.

—En el fondo, lo siento —murmuró—. Pero tengo que hacerlo.

Ella volvió la cabeza, y sus grandes ojos recogieron todo el resplandor de las estrellas en el exterior. Tigran vio aquellos bellísimos ojos, la expresión suplicante pero resignada; captó el leve temblor de los sonrosados labios, y el gesto en la delicada garganta de Margarita al tragar saliva…

La mano de Tigran Gaprindashvili comenzó a temblar, primero levemente, luego, con súbita violencia.

—No puedo hacerlo —jadeó—… ¡No puedo hacerlo, porque te amo! ¡Sé que me has estado engañando, que me engañas ahora, pero no puedo hacerlo! Tendría que matarte, pero no puedo… Seguirás conmigo como… como rehén… ¡Te llevaré a Rusia, Baby! ¿O prefieres… que te mate?

Ella no contestó. Le miraba con la expresión de quien no quiere discutir, porque sabe que todo es inútil. Una expresión que hacía albergar a Tigran la esperanza de que él se estuviese equivocando en todo, que ella fuese, simple y realmente, Margarita Cifuentes Lafayette, que pudiese llevársela a Rusia, y que todo, todo lo ocurrido a su célula de espionaje de Washington, fuese debido a otros motivos, a otros fallos que más adelante serían localizados.

Retiró la pistola, hizo unas señales con las luces del coche, y se irguió, señalando el volante.

—Vuelve al camino y sigue hacia la costa —murmuró.

Poco después, en la ruta hacia la cercana costa, un coche se colocó tras el que conducía Margarita Cifuentes.

Capítulo VIII

Los dos coches se detuvieron frente a un pequeño chalé muy cerca de la playa. A poca distancia, quizás un centenar de metros, se divisaba un embarcadero, y las siluetas de algunas lanchas meciéndose en las plateadas aguas.

No había luz alguna en el pequeño chalé, pero Tigran se dirigió hacia él, llevando a su lado a Margarita. Semion y Tatiana quedaron esperando dentro del coche del primero, ya todas las luces apagadas.

Casi en el acto de llamar Tigran a la puerta, se encendió una luz dentro de la casa, definiendo la forma de una ventana. A esa ventana se asomaba segundos después un hombre, cuya silueta quedó recortada, en sombras su rostro.

—¿Quién es? —preguntó en inglés.

—Operación «Discordia» —replicó Tigran, en ruso.

El hombre de la ventana quedó inmóvil. Luego, simplemente, desapareció de la ventana. La luz en ésta se apagó. Luego, se vio en la pequeña ventana junto a la puerta, quizás un minuto más tarde. Para entonces, a una seña de Tigran, Semion y Tatiana se habían reunido con ellos en el porche.

Por fin, en el silencio, se oyeron unos extraños pasos al otro lado de la puerta. Sí, extraños… Margarita no supo de momento definir qué era lo que le resultaba extraño, pero había algo que… La puerta se abrió, y la silueta del hombre quedó ante ellos. El mismo hombre.

—Pasad —dijo en ruso—… Pasad, pronto. Entraron los cuatro.

La curiosidad de Margarita hacia el hombre del chalé no era inferior a la de Semion y Tatiana, por lo que resultó evidente que no lo conocían…, como también resultó evidente que Tigran sí lo conocía. Era un hombre de algo más de sesenta años, parcialmente calvo, ojos claros, rostro muy quemado por el sol. Llevaba puesto

un pijama viejo, cuya chaqueta se veía muy arrugada, pero no así los pantalones, cosa que sorprendió a Margarita…, hasta que el hombre, tras cerrar la puerta, caminó hacia el fondo de la casa. Caminó de aquel modo extraño, como arrastrando la pierna derecha un poco. Sólo un poco… La mirada de Margarita bajó hacia el pie derecho del hombre, y entonces comprendió: la pierna derecha era ortopédica… Por eso les había hecho esperar: se había colocado la pierna antes de acudir a abrir la puerta…

El hombre cojo encendió la luz de un saloncito, y, apenas hubieron entrado todos en éste, miró a Tigran.

—Bien, Tigran —murmuró, en ruso—: finalmente ha sucedido, ¿no es así?

—Lo siento, Ilya —murmuró Tigran—… Y ni siquiera sé cómo ha ocurrido. Temo que los demás han sido capturados.

El calvo anciano de tez bronceada asintió plácidamente, y su clara mirada se desvió hacia Margarita.

—¿Quién es? —preguntó.

—Aparentemente, una natanielense llamada Margarita Cifuentes…, pero creo que es Baby.

En la apacible mirada de Ilya Militosian apareció un súbito destello de gran interés. Contempló con muchísima atención a Margarita, que parecía no entender nada de lo que allí se hablaba, y, simplemente, estar asustada.

—¿Por qué crees eso, Tigran? —preguntó de pronto.

Gaprindashvili lo resumió todo en menos de tres minutos, mientras Militosian seguía mirando a Margarita, como si no le escuchara; pero sí que escuchaba, porque cuando Tigran terminó, movió la cabeza, y dijo:

—Si ella es Baby, la cosa está todavía mucho peor de lo que parece: ni siquiera nosotros podremos escapar, porque ella habrá tomado todas las medidas. Lo entiendes, ¿verdad, Tigran?

—Quizá no lo sea —se aferró Tigran a la última esperanza—. He podido matarla en cualquier momento, y ella no habría podido hacer nada para evitarlo. No creo que Baby se hubiese arriesgado de un modo tan absurdo, Ilya. Hace tan sólo unos minutos estuve a punto de meterle una bala en la cabeza. Baby no habría corrido ese riesgo.

Ilya Militosian, que no dejaba de contemplar a la silenciosa, y,

aparentemente, desconcertada Margarita, tendió la mano hacia Tigran.

—Dame tu pistola —pidió.

—¿Mi pistola…?

—Dámela.

—Espera, Ilya… No, no. No quiero que la mates, no… He pensado… he pensado en llevarla con nosotros a Rusia, y…

—Mi pobre y buen Tigran —le miró Ilya—… ¿Te has enamorado realmente de esta mujer?

Tigran se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Ilya hizo un gesto de exigencia, y Tigran, por fin, le tendió su pistola, pero pidiendo:

—Te suplico que no la mates. Por favor, Ilya.

Éste tomó la pistola, apuntó al pecho de Margarita Cifuentes, y apretó el gatillo.

Clic, sonó la descargada arma. Ilya Militosian sonrió, y apretó de nuevo el gatillo, varias veces. El arma continuó sonando a vacío: clic, clic, clic, clic… Y ciertamente, quienes menos desconcertados estaban allí eran Ilya y Margarita.

El viejo ruso sonrió, y señaló un sillón.

—Sea tan amable de sentarse, por favor, Baby —dijo en ruso.

—Muchas gracias, colega Ilya —replicó Margarita en ruso, sonriendo.

Se sentó en un sillón. Tigran parecía un cadáver puesto en pie. Semion emitió un gemido, y se dejó caer en un sillón. Ilya Militosian fue a sentarse en un extremo del viejo sofá, y lanzó la pistola hacia el otro extremo.

—Bien —murmuró, mirando fijamente a Margarita—…, ¿cuál es el trato, Baby?

Tigran reaccionó de pronto, abalanzándose hacia su pistola, que siempre había tenido cargada. Retiró el cargador, y no vio en éste ningún proyectil. Cuando miró a Margarita, ésta explico expresándose con toda soltura en ruso:

—Algunos compañeros míos estuvieron en tu apartamento durante tu ausencia tan larga del día de hoy, Tigran, y retiraron las balas de tu pistola. En cuanto a los apartamentos de Tatiana y Semion, también han sido registrados en su momento, si bien con exquisito cuidado. Y naturalmente, en estos momentos todo vuestro

material y archivo del apartamento de Semion está siendo confiscado por la CIA.

Tigran se pasó una mano por la cara.

—Entonces, es cierto…, te has estado burlando de mí.

—Hubiese preferido no hacerlo, pero no me gustó que Tatiana pretendiera tomarle el pelo a Francesco Minelli. Y me pareció que te serviría de interesante lección ser objeto del mismo juego…, aunque tú no hayas llegado a disfrutar conmigo como Minelli con Tatiana. Tengo entendido que durante varios días fue exquisitamente dulce y cariñosa con él… Lástima que Francesco conocía el juego desde un principio, por lo que no se tomó muy en serio a Tatiana Kolesnikov… pero la utilizó para gozar en lo posible, claro. A propósito, Tatiana… ¿cómo le fue a usted en el *trípoco*…, digo en el trópico? Trópico, ¿verdad?

Los ojos de Tatiana Kolesnikov estuvieron a punto de saltar de las órbitas. Su boca se abrió, pareció torcerse hacia un lado. No consiguió articular sonido alguno. Margarita Cifuentes sonrió.

—La verdad es que en todo momento estuve cerca de usted y de mi buen Francesco. Incluso cuando se quedaron los dos solos en aquella cabaña de la playa. ¿Recuerdan, colegas, aquella palma seca que encontraron sobre la arena? La hice caer yo desde lo alto de la palmera, desde donde, utilizando equipo adecuado, estuve escuchando todo cuanto se habló y decidió allí dentro. Luego, naturalmente, fue muy fácil mantener a Tigran dentro de un cepo de acero… Y otra cosa: no hay la menor posibilidad de que en San Nataniel se instalen bases de proyectiles, ni, por supuesto, fue eso lo que Minelli fue a negociar con el Presidente Nataniel. Éste, simplemente, le había concedido una entrevista como periodista hacía quince días. El resto, lo de entrar en la Casa Blanca cuatro veces, como comprenderán, estaba todo preparado por la CIA. ¿Alguna pregunta?

—¿Todo eso significa… que Minelli fue un cebo para que nosotros lo… mordiéramos? —jadeó Tigran.

—En efecto. El servicio de análisis de la CIA me presentó dos alternativas: A, el traidor en la Casa Blanca era el Presidente Carter; B, había varios traidores, no uno solo. Yo transigí en aceptar estas alternativas, pero propuse otras. Una de ellas implicaba la posibilidad de que nadie de la Casa Blanca fuese traidor…, al menos

en esta ocasión, y que, en cambio, hubiese varios traidores *fuera* de la Casa Blanca. ¿Quiénes? Parecía muy claro: todos aquellos diplomáticos o cualquier clase de representante de los países con los que Estados Unidos había llevado a cabo convenios. Ante esta alternativa, me inventé la personalidad de Francesco Minelli, y lo lancé a la aventura, convencido de que no sufriría daño alguno. Él era el cebo, en efecto…, y ustedes lo mordieron.

—Si he entendido bien —murmuró Ilya Militosian—, usted sospechó la jugada desde el principio.

—Bueno, tanto como desde el principio, no. Necesité algunas horas de reflexión, de cambios de impresiones… Me parecía un poco artificial todo, pero también pensé que siempre hay que renovarse…, y eso era lo que estaba haciendo la MVD: no sólo conseguir secretos importantes por medio de personas que jamás dirían que los revelaron, sino producir la impresión de que había varios traidores dentro de la Casa Blanca, con lo que la desmoralización, la desconfianza, y finalmente las fricciones se irían produciendo inevitablemente. Y no sólo eso, sino que los países perjudicados por la… deslealtad de la Casa Blanca para con ellos, se sentirían muy molestos, y la noticia se iría extendiendo, de modo que, finalmente, nadie querría tratos con Estados Unidos. Bueno, Ilya, francamente: ha sido una jugada genial.

—Pero ya terminó —susurró Militosian.

—Ah, por supuesto. ¿El trato? Escúchelo atentamente: voy a permitir que todos los agentes de su célula escapen por el sistema que sin duda usted les tiene preparado…, pero usted tendrá que quedarse. Es el tiburón que he salido a pescar. Lo siento, Ilya.

—Usted olvida —exclamó Semion— que no todas nuestras pistolas han sido descargadas.

—Cállate —gruñó Ilya—. No digas más tonterías, Semion Vasiukov. Todo cuanto a ti se te pueda ocurrir ya se le ha ocurrido antes a ella… Sigamos con ese trato, Baby: ¿ha dicho usted que dejaría marchar a *todos* mis compañeros de esta célula?

—Ninguno ha asesinado. Ni siquiera ha matado… No es muy frecuente para mí tener la suerte de resolver cuestiones sin muertos, Ilya, y quiero celebrarlo de alguna manera: todos, menos usted, podrán marcharse. Tiene mi palabra.

—Pero si los demás han sido detenidos…

—Los tenemos a menos de un cuarto de milla —sonrió Margarita —… Mientras Tigran y yo almorzábamos en el campo, fue colocado un emisor en su coche, de modo que mis Simones han podido seguirnos con toda facilidad. En estos momentos, treinta hombres de la CIA están rodeando esta casa. ¿Quieren que se lo demuestre?

—Sí.

Margarita se quitó un zapato, arrancó el tacón, y alzó una diminuta antena del complejo electrónico que contenía.

—¿Simón?

—Adelante, Baby. ¿Está bien, nada le ha…?

—Tranquilos todos. ¿Algún problema?

—Ninguno. Tenemos a los ocho rusos en una furgoneta, aquí mismo. Hemos rodeado la casa, tenemos vigilado el embarcadero, y ya hemos pedido dos lanchas que llegarán de un momento a otro, con más personal. No ha habido heridos, todo tranquilo.

—Espléndido, Simón. Volveré a llamar dentro de unos minutos.

Bajó la diminuta antena, y miró de uno en uno a los rusos, que a su vez la contemplaban sombríamente…, excepto Ilya Militosian, que sonreía entre divertido y admirado.

—Acepto el trato —dijo serenamente—: ellos se van libres, yo me quedo.

—Supongo que sabe lo que le espera, Ilya. Va a ser la pieza que la CIA va a sacrificar para hacer comprender a sus amigos lo que ha estado pasando, que USA siempre ha cumplido bien. ¿Lo comprende todo, realmente?

—Desde luego —palideció el viejo ruso.

—Muy bien —Margarita volvió a utilizar la radio del tacón del zapato—… ¿Simón?

—Sí, sí, dígame.

—Van a salir de aquí Tatiana, Tigran y Semion. Reúnanlos con los demás, y déjenlos marchar. Un momento —miró a Ilya—… ¿Qué sistema tenía usted preparado?

—Hay una lancha de nombre *Golden* en el embarcadero — musitó Ilya Militosian—… La idea era navegar directamente mar adentro, en dirección a Europa…

—¿Hasta que su grupo fuese recogido por un submarino?

—Sí. Hay… una radio e instrucciones para esta emergencia en la lancha. Tigran sabrá cómo hacerlo todo.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No… No.

Margarita miró a los tres rusos.

—Adiós —murmuró—… Les deseo feliz regreso a Rusia.

Los agentes soviéticos tenían el rostro desencajado. No podían creerlo. Tigran miró a Ilya Militosian, como consultándole, pero el veterano espía asintió con la cabeza, y señaló hacia la puerta. Desde allí, Tigran Gaprindashvili se volvió a mirar a Margarita, que le sonrió y saludó con una mano.

—Adiós, Gerald. Y no se lo tomen así: han estado haciendo un buen trabajo.

—No sé si te odio… o sigo amándote —susurró Tigran.

—Te sugiero que me ames —sonrió Brigitte *Baby* Montfort—: siempre es mejor amar que odiar.

Ilya Militosian y Margarita quedaron solos, silenciosos. Afuera se oyeron motores, voces. Luego, un vehículo alejándose. Margarita miró a Ilya.

—Ahí van. Y usted sabe, Ilya, que no le miento.

—Lo sé —asintió el ruso.

—Lo siento por usted, pero éste es mi trabajo. El suyo ha sido dirigir y proteger a los miembros de esta llamada Operación «Discordia» por ustedes y Canal URSSA por nosotros. Los dos hemos hecho lo que hemos sabido y podido.

—Es usted muy amable.

—No demasiado —murmuró Margarita, poniéndose en pie y acercándose al ruso—… Ni usted tampoco. En realidad, es un desagradecido brutal, Ilya.

—¿Qué…?

La mano derecha de Margarita Cifuentes impactó con fuerza en la frente de Ilya Militosian, derribándolo sin sentido en el sofá…

Cuando Ilya Militosian recuperó el conocimiento, ya no estaban solos él y la agente Baby. Había varios agentes de la CIA, mirándole hoscamente. Uno de ellos sostenía la pierna ortopédica del ruso, dentro de la cual ya habían encontrado la carga explosiva que lo habría matado a él y a Brigitte Montfort, privando así a la CIA de un prisionero aclaratorio…, y de la mejor agente que jamás hubiera sido inscrita en sus archivos: agente N. Y. 7117, Baby.

—Mala suerte —dijo ésta, fríamente—… Pero tengo que

demostrar que, por esta vez, no es cierto que haya habido traidor alguno en la Casa Blanca. ¿Le ayudamos a caminar…, o prefiere sus muletas, Ilya?

—Prefiero mis muletas —replicó, desabrido, el ruso.

—Como quiera. Ciertamente, no está obligado a aceptar nuestras amabilidades. Tráiganle sus muletas: el tiburón quiere bastarse a sí mismo.

Este es el final

—La madre que lo parió —dijo Juan—… ¿Cómo se las arregla ese tipo? Primero se ligó a una rubia que estaba como un tren, y ahora se ha ligado a una morena que está como cien portaaviones juntos… ¡Si será suertudo el tío!

—Tranquilo —dijo Pedro—, y sigue tocando. Ya sabes que el señor Minelli da buenas propinas, hombre.

—Ah, eso sí —se iluminó el rostro de Juan—… ¡Si sigue aquí más días, nos vamos a forrar!

En la pista, Francesco Minelli seguía bailando con la bellísima morena de los grandiosos ojos azules. La cual, en aquel momento, estaba diciendo:

—Mañana sin falta, Frankie, tenemos que ir a despedirnos de Nataniel, y agradecerle toda la ayuda que nos ha prestado[3]. Y haz el favor de no apretarme tanto… ¡Te estás propasando demasiado!

—Es una cuestión de prestigio, mujer —dijo Frankie Minello—… Nos miran los de la orquesta.

—¿Y qué?

—Bueno, he hecho bien todo lo que me pediste, ¿no es cierto? Se ha solucionado el asunto del Canal URSSA, he estado aquí algunos días solo como un mico en el desierto, he obedecido en todo, he sido consciente, inteligente, audaz, astuto… ¿Cierto?

—Cierto —tuvo que admitir Brigitte Montfort—… Y por eso he venido a pasar unos días contigo en el Caribe, tal como te prometí. Pero ya han pasado varios días, tengo en la cabeza algo que me preocupa…, y quiero volver a casa.

—He sido un James Bond de los buenos, ¿no?

—Más bien sí —rió Brigitte.

—¿Y no me merezco un premio, aunque sea pequeñito?

—¿Más premio que varios días conmigo en San Nataniel? ¡Te has vuelto muy exigente!

—Mujer… Ya te digo que es cuestión de prestigio. Fíjate cómo nos miran los de la orquesta… Están locos de envidia. Seguro que piensan que soy un tipo de suerte. Pero… deben de estar extrañados de que no nos besemos… ¡No irás a hacerme quedar mal!

La divina espía soltó una carcajada.

—¡Claro que no! —exclamó—. Pero en serio, Francesco: ¡eres todo un sinvergüenza!

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *nosotros, los espías*. < <

[2] Véase la aventura titulada *el Tiburón rojo*. < <

[3] Nataniel, Presidente de San Nataniel, es gran amigo personal de Brigitte, desde que se conocieron en la aventura titulada *Subasta en Capri*. < <